

P
C 117
2001
CZ

**Universidad de Chile
Departamento de Investigaciones
Mediáticas y de la Comunicación y
Escuela de Periodismo**

Memoria para optar al Título de Periodista
La solidaridad universitaria de fines de los 90



Profesor Guía
Ramón Silva Negrete

Alumno
Hugo Cabrera Segura

Octubre del 2001

Indice

Indice	2
Una introducción	3
La solidaridad universitaria de fines de los 90 u otra vez El Mercurio	4
Una referencia histórica	10
Desde comienzos de siglo	11
Más pobreza para atender: 1973-1990. Las primeras formas	13
Una definición	19
Los 90 y la nueva solidaridad universitaria	20
Educación universitaria: divino tesoro	27
Unos casos	29
De federaciones y cabros “pala en mano”	30
Otros movimientos de la “U”	33
La guinda de la torta: trabajos voluntarios FECH	34
Construir tiempo para los demás	39
En qué está la PUC	44
PUC, estudiantes y Cía. (de Jesús)	50
Techos para Chile	51
Gesta, una fundación de jóvenes	57
Unas interpretaciones	64
Qué hay con este fenómeno	65
Los móviles	66
¿Y el discurso crítico?	72
“Carrete social” y “moda”	75
Qué dicen los otros	77
Unas conclusiones miradas	86
Lo que hay y lo que se puede esperar (de lo que hay)	87
Bibliografía	90

Una introducción

La solidaridad universitaria de fines de los 90 u otra vez El Mercurio

“La universidad ha de mantener vivo en el alumno el sentido del inconformismo perpetuo ante el mal y ha de alentarle a protestar con los hechos, con la voz, con la pluma... Tan sólo depende de nosotros en ínfima proporción, el que haya una masa enorme de gente mal alimentada, mal alojada... Pero al menos podemos no pactar con el mal, no acostumbrarnos, ser la voz permanente de la justicia”.

Padre Alberto Hurtado

Dentro de la larga historia de indiferencia que la prensa chilena ha exhibido ante las iniciativas y trabajos sociales desarrollados por universitarios, hay una peculiar excepción. Ocurrió el domingo 3 de junio de este año. Ese día, en un extenso reportaje, el periodista Mauricio Carvallo informaba detalladamente sobre supuestas irregularidades cometidas por la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH) en la rendición de cuentas de los “Trabajos Voluntarios de Lumaco 2001”.

Según Reportajes de El Mercurio, dicha rendición -entregada meses antes por la FECH al rector- adolecía de numerosos vicios que involucraban directamente al presidente de la organización estudiantil, el comunista Iván Mlynarz. Por aquel entonces, éste se hallaba abocado a los preparativos de una movilización nacional de universitarios, en rechazo del nuevo proyecto gubernamental de financiamiento de la educación superior.

A partir de ese instante se inició una batahola que, al cierre de este reportaje, aún no tenía su punto final. Entre los hitos del conflicto estuvo la denuncia pública, hecha por Mlynarz, según la cual El Mercurio sólo intentaba sabotear su gestión a la cabeza de FECH. Esta misma convicción hizo que, por segunda vez en la historia, los santiaguinos pudieran ver en el frontis de un edificio céntrico -ahora, en el de la sede de la federación- la célebre frase “El Mercurio miente”, desplegada a grandes letras negras.

El caso tomó ribetes mayores y pronto llegó a la justicia. Esta última asumió la responsabilidad de aclarar qué pasó con los casi 500 mil pesos que, se supo, no habrían estado justificados en la rendición. Fue el mismo Mlynarz el que llevó el caso a tribunales, deseoso de despejar las dudas que recaían sobre su persona. Mientras se esperaba la determinación de la justicia, el dirigente recibió el respaldo del Pleno de la FECH que reúne a dirigentes de todas las sensibilidades políticas.

Tras estos acontecimientos, los “Trabajos Voluntarios de Lumaco 2001” lograron vencer la acendrada indiferencia de la prensa ante las actividades sociales universitarias, pero apareciendo más bien como el “contexto” en el cual se habrían producido actos de corrupción. No está de más decir que en enero, cuando se desarrollaron los trabajos, la prensa apenas les prestó atención. Mas, por algo se empieza.

Lo que los medios de comunicación no vieron fue que, más allá de los ilícitos denunciados, los “Trabajos Voluntarios de Lumaco 2001” forman parte de una larga tradición de iniciativas de solidaridad impulsadas por los estudiantes universitarios del país. Lo que “el decano” de la prensa nacional no captó fue que los trabajos de Lumaco y otras decenas de iniciativas estudiantiles veraniegas dan cuenta de una silenciosa pero a la vez prolífica labor social juvenil que desde hace décadas viene desarrollándose en el seno de las universidades.

Sus manifestaciones actuales son variadas: trabajos pre-profesionales en poblaciones, construcción de sedes vecinales, atención de niños y adolescentes en riesgo social, potenciación de redes de organización poblacional, levantamiento de centros abiertos, realización de colonias y acampadas infantiles, entre muchas otras. Sin ir más lejos, el exitoso proyecto “Un techo para Chile”, que ya ha construido más de 8 mil mediaguas a lo largo del país, es una muestra clara y tangible (aunque no la única) de este pujante fenómeno.

No extrañe que estas manifestaciones de “responsabilidad social estudiantil” no sean suficientemente conocidas por la sociedad pues, en general, carecen de valor “noticioso”. Cabría conjeturar que, al igual que lo ocurrido en relación con el resto de los jóvenes, los universitarios son mostrados por la prensa con miradas algo sesgadas o, a lo menos, extremistas: o se los señala como jóvenes sanos, alegres, exitosos y caritativos (alzándolos como “modelos de juventud”) o se los exhibe

como personas apáticas, agresivas (piénsese en Grecia esquina Macul), anárquicas, socialmente insensible y evasivas.

El caso puntual de los universitarios que desarrollan actividades sociales puede ser un buen ejemplo de lo primero: nunca ha faltado un reportaje ocasional en donde se dan a conocer sus acciones solidarias. Pero a menudo la mirada enfatiza hasta la caricatura la “bondad” de los afanes estudiantiles y no es extraño que se llegue a incómodas posturas “apologéticas”, hasta “épicas”.

En cambio, el caso de los “Trabajos Voluntarios Lumaco 2001” es un buen ejemplo de lo segundo. El Mercurio, con su arremetida en contra de la FECH, no hizo sino reflejar pulsiones muy enraizadas en parte considerable de la sociedad chilena, que sospecha fuertemente de las formas espontáneas de agrupación estudiantil de cualquier naturaleza.

Sin entrar en detalles, lo cierto es que hoy día la sociedad carece de información suficiente sobre este notable fenómeno social de la solidaridad de los universitarios. Aquí se ofrece entonces subsanar esta carencia.

Para poder hacer un juicio sobre el fenómeno de la “solidaridad universitaria de fines de los 90 y principios de siglo XXI” es preciso entonces desplegar una mirada amplia y rigurosa. Identificar y caracterizar, por ejemplo, sus orígenes, formas, motivaciones, protagonistas y proyecciones. También evidenciar la mirada que los

estudiantes movilizados tienen de su trabajo social, así como de sí mismos, de sus congéneres y de la sociedad. Además, mostrar el juicio y el discurso que se ha desarrollado socialmente en torno a este fenómeno y, por último, dimensionar el impacto que la solidaridad universitaria ha tenido “en” y “desde” los sectores en que se ha desenvuelto.

Como fenómeno creciente, la solidaridad universitaria merece un vistazo que la caracterice y pondere de forma adecuada. Para ello se ha optado por la exposición detallada de una serie de casos emblemáticos de acción social estudiantil actual.

Dicha enumeración e interpretación, por ejemplo, busca entregar elementos nuevos para tener en cuenta a la hora de producir discursos sociales sobre el “cómo ser universitario hoy”. Con ello no se pretende sobredimensionar o idealizar la labor social de este segmento juvenil que, por lo demás, carece de la suficiente representatividad en el concierto general de la juventud del país, como se verá más adelante.

Se busca más bien indagar, aún a costa de no dar cuenta de los otros tipos de juventud, en un fenómeno pujante que, de ser mostrado satisfactoriamente, puede ayudar a cambiar el modo social de concebir a la juventud, derribando mitos que circulan en torno a su apatía, fragmentación o bajo interés por la “asociatividad” y la vida pública.

Una referencia histórica

Desde comienzos de siglo

La historia de los movimientos solidarios universitarios está íntimamente ligada a las formas de organización “gremial” que los estudiantes se dieron a lo largo del siglo XX. Así, los centros de alumnos, las federaciones estudiantiles, y, posteriormente, los llamados “grupos intermedios” de carácter religioso, político o cultural, fueron los espacios iniciales a través de los cuales los jóvenes con “inquietud social” comenzaron su propia lucha contra la pobreza.

De hecho, la emergencia de organizaciones estudiantiles como la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH), en 1907, está cruzada por el deseo estudiantil de solidarizar con las capas empobrecidas del país.

“Desde sus inicios la FECH trascendió el quehacer cotidiano de la universidad, dedicándose en sus primeros años a la asistencia, tanto educacional como médica y legal, de la clase obrera y de los sectores más postergados de la sociedad. Así, por ejemplo, en 1910 la FECH sostenía 11 establecimientos educacionales primarios para obreros”, indica el sociólogo Jorge Andrés Rodríguez en una investigación sobre la orgánica distintiva de esta federación, realizada en 1991.¹

¹ RODRÍGUEZ, J. La organización estudiantil: Una investigación empírica en torno a los factores asociados a la participación en la FECH. Memoria. Departamento de Sociología de Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. Santiago de Chile. 1991. Pág. 10.

Dicho autor afirma que la FECH mantuvo durante muchos años (después de su creación) la vista puesta en situación social de los sectores menos favorecidos.

Tras los años, y en momentos en que el acceso a la educación superior era muy restringido, figuras de gran ascendiente sobre la juventud pidieron a los universitarios -concebidos como los privilegiados entre los jóvenes del país- entregar lo mejor sus cualidades en beneficio de los más necesitados. Fue el caso del sacerdote jesuita Alberto Hurtado, quien en los años 40 llamaba a los universitarios a desarrollar sin mezquindades su "sentido social".

"La misión del universitario es la del estudioso que traduce esos ideales grandes del hombre de la calle en soluciones, aplicables, realizables, bien pensadas. Hacerlo es la mayor obra de caridad que puede hacer un hombre, pues es la caridad social, pública", decía el religioso.

Y complementaba: "Una inyección de idealismo y de valores desinteresados, de altruismo y de amor humano y sobrenatural, es una de las más urgentes necesidades de la juventud de nuestra época".² Cuando la cantidad de universitarios apenas se empinaba por sobre los 6 mil, el padre Hurtado logró involucrar activamente a cientos de ellos en sus proyectos de "humanismo social".

² MEZA, G. Pensamientos del Padre Hurtado. Editorial Los Andes. Santiago de Chile. 1992. Págs. 20 a 23.

El entusiasmo desatado por esta y otras figuras internas o externas al movimiento estudiantil logró volcar a los jóvenes hacia el trabajo caritativo con obreros, pobladores y niños de la calle, entre otros beneficiados. También el pensamiento laico y radical se tradujo en trabajos de esta naturaleza. Eran tiempos de un pujante “asociacionismo”, cristalizado en movimientos cooperativos, sindicalistas y políticos.

Fueron estos últimos -los movimientos políticos- los que marcaron con mayor intensidad la dinámica “social” de los universitarios de los 60 y principios de los 70. La creciente ideologización y polarización política hizo de la acción social una poderosa herramienta proselitista, además de convertirle en un espacio de “aterrijaje” de las ideologías políticas de los jóvenes universitarios.

No fue raro entonces que grupos de la izquierda de esos años pregonaran el trabajo -ya no “vertical” sino “codo a codo”- con obreros, trabajadores del agro y desempleados. A su vez, grupos de derecha desarrollaban a través de la “acción social” la veta caritativa de su ideología política³.

Más pobreza para atender: 1973-1990. Las primeras formas

³ Hay una consigna acuñada en esa época que resulta muy ilustrativa de la sensibilidad de la juventud de izquierda con inquietud social: “Adelante, adelante, obrero y estudiante”. N. del A.

Tras el golpe de estado de 1973 la situación cambió radicalmente. Ya no eran las mismas universidades, los mismos estudiantes, el mismo país: la educación superior sufrió una serie de cambios estructurales que hicieron de la universidad, otrora centro de la libertad del pensamiento, un espacio intervenido, fraccionado y debilitado. A los pocos años del golpe, una reforma radical convirtió la educación universitaria en mercancía. A la cabeza de los planteles, el Gobierno puso a rectores-delegados provenientes de la alta oficialidad de las Fuerzas Armadas.⁴

Paralelamente, el país comenzó a sentir los embates de la aplicación de la doctrina económica neoliberal. Las manifestaciones más acusadas fueron, junto con la desigual distribución del ingreso, el alto índice de cesantía y el empeoramiento en la calidad de vida de vastos sectores de la población. Las reformas económicas, la contracción del gasto social y las restricciones a las libertades públicas generaron aceleradamente cuadros de pobreza, indigencia y marginalidad. Éstos se agudizaron a partir de "la crisis de los 80".⁵

Las políticas gubernamentales tuvieron múltiples consecuencias en la vida universitaria. Por lo pronto, el hecho que la educación superior fuera convertida en un caro servicio de formación profesional (a partir de la reforma de 1981), mermó la

⁴ Para mayor información en torno a la intervención de las universidades ver HUNEEUS, C. El régimen de Pinochet. Editorial Sudamericana Chilena. Santiago de Chile. 2000. Pág. 204.

⁵ Botón de muestra de la crisis económica es este fragmento del sociólogo Tomás Moulian: "Junto con la caída del producto (PGB) se disparó la desocupación, la cual subió en el Gran Santiago del 11,1% al 22,1% en 1981 y al 22,2 en 1982". Información adicional sobre la situación económica de los años 80 se puede encontrar en MOULIAN, T. Chile actual. Anatomía de un mito. Octava edición. LOM Ediciones. Santiago de Chile. 1997. Págs. 278 a 288.

capacidad de sectores medios y bajos de la población para acceder a ella.⁶ Al mismo tiempo, la desocupación y la pobreza agudizaban aún más este problema. En no menor medida, las persecuciones de las que fueron víctima dirigentes estudiantiles contrarios al régimen crearon un clima de gran tensión al interior de los campus universitarios.

Dichos fenómenos suscitaron la rearticulación de agrupaciones estudiantiles que buscaron reivindicar derechos básicos de los estudiantes. Abriéndose paso entre las restricciones impuestas por los rectores-delegados, estos grupos comenzaron a regenerar el tejido organizativo vulnerado. Lo hicieron a través de agrupaciones de estudio, centros de alumnos, federaciones y todo tipo de organizaciones formales e informales.

Entre los movimientos del alumnado surgieron también algunos dedicados a la generación de proyectos de carácter social. Éstos respondían a cierto sentimiento de responsabilidad social de los estudiantes ante la marginación y falta de oportunidades de miles de chilenos. El trabajo en poblaciones, la implementación de preuniversitarios populares, el impulso de trabajos de verano, el apoyo para la creación de ollas comunes, la asistencia y recreación de niños en situación de riesgo social fueron algunas de las actividades llevadas adelante. Las “poblaciones callampas” de Chile, homólogas de las “favelas” brasileñas o “villas miseria”

⁶ Una muy buena síntesis de la situación universitaria de esa época en COURARD, H. Tensiones en las universidades chilenas. En: Mensaje. Número 460. Santiago de Chile. Julio 1997.

argentinas, comenzaron a recibir oleadas de estudiantes deseosos de entregar algún tipo de alivio a la situación de sus castigados habitantes.

Pronto estos trabajos fueron adquiriendo connotaciones de "resistencia" al régimen militar. Solidarizar con los pobres fue una forma de enfrentarse a la dictadura. Este era un hecho sentido por los mismos estudiantes.

"En ese momento la solidaridad tenía un contexto político, que hacía que se ejerciera la acción solidaria en función de la acción misma. Ejemplo de ello fueron los trabajos voluntarios en Curanilahue, para ayudar a construir un embalse o un camino o un puente. Pero, además, toda esa acción estaba enmarcada en la lucha en contra de la dictadura militar. Entonces, el trabajo voluntario no era sólo construir un puente y ayudar a la comunidad sino que además era fortalecer un proceso formativo de estos jóvenes, que eran jóvenes combatientes en contra de la dictadura", asegura el sociólogo Claudio Duarte, académico de la Universidad de Chile y especialista en temas de juventud.

Según él, estas iniciativas eran parte de la soterrada lucha por la recuperación de la democracia, la que se desplazó desde las universidades hacia las poblaciones periféricas. Se trataba, argumenta, de una tendencia complementaria a las incipientes expresiones reivindicativas registradas al interior de las universidades.

Entre las ventajas de dicha vía de “subversión” estaba el que no lograba, al menos en un principio, despertar reacciones represivas por parte de las autoridades universitarias. Y es que, en apariencia, sólo se trataba de acciones de “caridad”.⁷ No obstante, no pasó mucho tiempo antes de que los rectores-delegados tomaran conciencia que la acción social estudiantil era, según sus criterios, un “disfraz” de la sobrevivencia “marxista” en las universidades.

“Los que hacían trabajos voluntarios en ese momento pasaron a ser mirados como posibles terroristas, por esta suerte de terrorificación que había de lo juvenil, en el sentido de que todo lo que los jóvenes hicieran en organizarse era negativo”, indica Duarte. El prematuro hostigamiento por parte de las autoridades universitarias a la organización de “trabajos de verano” o de apoyo a pobladores no reflejaba sino la postura exterminadora del régimen dictatorial de toda forma de organización estudiantil o, más aún, ciudadana.

Para un gobierno que, a objeto de mantener el control social, simplificó la realidad distinguiendo entre “amigos y enemigos”, bastaba que los emergentes movimientos universitarios no comulgaran con los referentes “cívico-patrióticos” creados por aquél para que se hicieran merecedores de represión. La aparición del “gremialismo” y su manifestación universitaria (básicamente en la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica (FEUC), y social (en el Frente Juvenil de

⁷ En este sentido, los trabajos solidarios estudiantiles también obtuvieron cierta legitimidad a partir de su vinculación, en algunos casos, con la iglesia católica (por ejemplo la Vicaría de la

Unidad Nacional) sirvió como un elemento “revelador” del carácter de los movimientos estudiantiles: si no se inscribían dentro de aquel referente eran “perseguidos”.⁸

No obstante, en la segunda mitad de los 80, los trabajos estudiantiles habían logrado conquistar un espacio propio. Fue en este momento que se consolidaron las formas de actividad solidaria que son más reconocibles hoy en día, algunas de las cuales se han mantenido más o menos inalterables hasta la segunda mitad de los 90 y principios del siglo XXI. No obstante, al punto hay que advertir que las similitudes no son absolutas. Esto es materia de los próximos títulos.

Solidaridad). El sociólogo Ramón Silva asegura que la figura del Cardenal Raúl Silva Henríquez inspiró y estuvo detrás de muchos grupos estudiantiles con fines solidarios. N. del A.

⁸ Una detallada referencia a la acción del movimiento “gremialista” se puede hallar en HUNEEUS, C. 2000. Págs. 327 a 387.

Una definición

Los 90 y la nueva solidaridad universitaria

A comienzos de los años 90 la experiencia acumulada por las iniciativas solidarias de la década anterior permitió que algunas desarrollaran autonomía en relación con los centros de alumnos o federaciones estudiantiles que las cobijaron en sus inicios.

Sin ir más lejos, al suscitarse una gran crisis en la FECH, organización señera de los trabajos voluntarios, dicha coyuntura no impidió que los estudiantes de la Casa de Bello continuaran con sus trabajos solidarios.⁹ Fue un momento en donde algunos comenzaron a buscar nuevas alternativas de organicidad para proseguir con la acción social, independientemente de las estructuras tradicionales. No obstante, esta búsqueda cristalizaría años después, hacia la segunda mitad de la década.

Los primeros gobiernos de la Concertación intentaron reivindicar e incentivar la *asociatividad* universitaria con fines sociales.¹⁰ En un principio vieron con simpatía los trabajos voluntarios de las federaciones, pero se reservaron un rol más bien pasivo. Transcurridos los años, el crecimiento y diversidad de formas que adquirió

⁹ En los primeros años de los 90 la FECH experimentó una crisis a partir de la conjunción de varios elementos: hubo un decrecimiento en el interés de participar por parte de los estudiantes, problemas de "legitimidad" de las directivas, informalidad y escasez de recursos para su operación, entre otros. Detalles en RODRÍGUEZ, J. 1991.

¹⁰ "Se entiende por *asociatividad* aquella organización voluntaria y no remunerada de personas o grupos de personas que establecen un vínculo explícito con el fin de conseguir un objetivo común". PNUD (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo). Desarrollo humano en Chile 2000. Más sociedad para gobernar el futuro. Santiago de Chile. 2000. Pág. 110.

la acción social de los estudiantes -fenómeno paralelo a cierto desinterés de los mismos por participar a nivel político en centros de alumnos, federaciones e, incluso, en la vida política nacional- hizo que la autoridad tuviera una actitud más activa.

En ese marco se inscribió, por ejemplo, la creación del Servicio País, iniciativa de ayuda profesional a localidades aisladas, impulsada por el Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza.¹¹ Fue en 1995 cuando se levantó este programa, que apostaba a la descentralización del recurso profesional y al compromiso social de los jóvenes. Desde entonces, más de 200 profesionales recién titulados comenzaron a ser enviados anualmente a comunas rurales pobres, por un período de 13 meses, en las que debían proponer, diseñar y ejecutar iniciativas para mejorar la calidad de vida de sus habitantes.

También esta tendencia quedó reflejada en el surgimiento de proyectos de instituciones como la Corporación Justicia y Democracia -entidad de orientación democratacristiana creada en 1994-. Esta organización hizo de los trabajos voluntarios de verano una manera de "superación de las desigualdades", pero insertándola en un itinerario de formación de líderes político-sociales.

¹¹ El Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza, creado en mayo de 1994 por el presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle, se transformó posteriormente en una fundación homónima que ha continuado hasta hoy con la misión del antiguo consejo de "involucrar a la sociedad civil en esta tarea (la de superar la pobreza)". CONSEJO NACIONAL PARA LA SUPERACIÓN DE LA POBREZA. La pobreza en Chile. Un desafío de equidad. 1996. Pág. 2.

Sin embargo, los 90 serán recordados por dar cabida a la emergencia de nuevas y variadas formas de acción social universitaria creadas *por los mismos jóvenes*, es decir, ya no diseñadas desde el Estado o desde los partidos u organizaciones religiosas. Trabajos preprofesionales en poblaciones, atención de niños y adolescentes en riesgo social, fortalecimiento de redes de organización poblacional, construcción de mediaguas, realización de acampadas y colonias infantiles fueron algunas de sus acciones. En su génesis se reconocía la “sensibilidad” de la lucha contra la pobreza de los 80, pero al mismo tiempo se dejaban ver nuevas formas y expresiones.

Así, junto al trabajo social de las federaciones, nacieron grupos, movimientos, corporaciones y fundaciones impulsadas por jóvenes o por profesionales recién titulados.

Mientras la sociedad conocía los resultados de estudios que mostraban a los jóvenes como apáticos, individualistas, con bajo interés en la “cosa pública” y escaso nivel de iniciativa, el año 1996 nació, por ejemplo, “Tiempo para Construir”, referente estudiantil de la Universidad de Chile. Éste comenzó un prolífico trabajo de asistencia a niños en situación de riesgo social. Simultáneamente, en gran parte de las universidades, incluidas las privadas, comenzaron a obtener visibilidad nuevos grupos de acción social.

El año siguiente apareció una iniciativa de gran impacto social. Partió cuando un grupo de jóvenes lanzó la idea de construir mediaguas para los habitantes de una docena de *campamentos* de Chile. ¹²

El primer reto fue levantar “2.000 mediaguas para el 2.000”, meta superada en el invierno de 1999, cuando se entregaron casas a 2.156 familias.

“Cuando ese año terminamos con el proyecto “2000 mediaguas para el 2000”, muchos nos dimos cuenta que había que hacer mucho más que ir a construir mediaguas. Entonces, por un lado, estaba nuestra iniciativa y, por otro lado, nació la idea entre la Conferencia Episcopal y un grupo de empresarios de invitar a este proyecto concreto y transformarlo en el proyecto social del Año del Jubileo (2000)”, recuerda Claudio Seebach, actual director ejecutivo de “Un techo para Chile”, proyecto sucesor de “2000 mediaguas para el 2000”.

Se decidió entonces una reestructuración del proyecto, lo que implicó “cobertura nacional”, aumento en la meta de mediaguas a construir y, sobre todo, el sacar a la luz pública la realidad de los campamentos.

¹² *Campamento* es la nueva denominación que adquirió la “población callampa” de los años 80. Un campamento es un conjunto de familias que habitan en improvisadas construcciones de cartón y desperdicios, sin acceso a los servicios básicos, y en terrenos no urbanizados de poco valor económico. N. del A.

Gracias a estos factores, la campaña durante el 2.000 fue un éxito, con gran despliegue publicitario y movilización de recursos humanos y materiales, logrando superar con creces la meta de mediaguas trazada.

Pero el mismo año de la emergencia de "2000 mediaguas para el 2000" hubo otros hechos. Tras varios años de estudio y preparativos, un grupo de estudiantes creó en 1997 una fundación, "Gesta", destinada a dar continuidad al trabajo social desarrollado por aquél hasta ese momento.

Gesta, comenzó a trabajar en la generación de proyectos en beneficio de la infancia vulnerable, como campamentos y colonias recreativas. Compuesta 100% por estudiantes universitarios, con los años amplió su labor a partir de la creación de fondos concursables para micro proyectos solidarios, publicaciones y talleres para "líderes sociales", entre otras actividades.

Ese mismo año fue creada la Coordinación de Voluntariado Universitario del Hogar de Cristo, en respuesta a la creciente oferta de trabajo estudiantil que se acercaba a la obra del Padre Hurtado.

"En un momento se vio el interés que había en los jóvenes de hacer acciones y trabajos solidarios concretos. Era evidente, al revisar las bases de datos del Hogar, que muchos eran universitarios. La idea fue ¿cómo utilizar de mejor manera a estos universitarios vinculándolos un poco al tema específico que ellos trabajan en

la universidad”, cuenta hoy Verónica Monroy, Coordinadora del Voluntariado del Hogar de Cristo.

Simultáneamente, se consolidaron los trabajos de verano e invierno de la FEUC y de los movimientos “gremialistas” de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC). Con posterioridad, en el seno de esta casa de estudios apareció la Central de Trabajos Sociales (CTS), organización que se posicionó con fuerza en el trabajo con discapacitados.

Lo cierto es que todas estas manifestaciones dieron que hablar. Sin ir más lejos, el mismo presidente Ricardo Lagos reconoció este fenómeno a través de visitas a los trabajos estudiantiles desarrollados en localidades pobres rurales. Figuras públicas, como el cardenal Francisco Javier Errázuriz, dijeron que el voluntariado juvenil había crecido tanto que no se comparaba con el de las generaciones anteriores.

En otro ámbito, no fue extraño que la explosión del trabajo social universitario generara también instancias para reflexionar en torno a este fenómeno. Fue el caso del “Seminario Justicia Social”, realizado en el invierno del 2000 y organizado por “Un techo para Chile” y el Hogar de Cristo. Este convocó a más de 1000 universitarios en el salón plenario del centro de convenciones Diego Portales de Santiago. También el caso del “Seminario Juicio a la Solidaridad Universitaria”, organizado por Gesta y la CTS, efectuado en octubre del mismo año en el Salón de Honor de la PUC.

Más recientemente, se han registrado otras instancias de encuentro dignas de mención. Entre ellas, ferias y exposiciones impulsadas por la PUC y otras organizaciones que trabajan con universitarios. Destaca la “Feria de la Solidaridad Joven”, impulsada por Gesta y efectuada en la Plaza de Armas de Santiago en mayo de este año.

El último evento de envergadura fue el encuentro que ofreció la Universidad Alberto Hurtado con ocasión de la visita del economista Muhammad Yunus, creador del Grameen Bank, “el Banco de los Pobres”, de Bangladesh. El caso ejemplar de este emprendedor logró repletar de universitarios el plenario del Diego Portales la tarde del martes 17 de junio del 2001.

Todos estos elementos forman parte del panorama de la solidaridad universitaria de los 90 y principios del siglo XXI. La diversidad y complejidad del fenómeno amerita “dos palabras” sobre la situación de los universitarios para, posteriormente, pasar a la enumeración y descripción de los movimientos más representativos de este fenómeno social.

Educación universitaria: divino tesoro

El presidente de la FECH, Iván Mlynarz, conminado a referirse a la solidaridad estudiantil, indica: "El plano de la solidaridad no es solamente el de las actividades de acción solidaria que se conocen en la universidad. También tiene que ver con estar preocupado de otros temas, como el del Fondo Solidario. Estamos hablando de un nuevo sistema que no va a ser para los estudiantes que hoy están en la universidad sino para los que vienen".¹³

Son sus primeras palabras en torno a este fenómeno. Con ellas no sólo pone énfasis en la solidaridad que se puede vivir "al interior" de los propios planteles (a través de la participación estudiantil), sino que invita a que cualquier diagnóstico sobre los movimientos sociales universitarios parta de un vistazo por la situación de la educación superior actual.

Y no es trivial saber, por ejemplo, que en el país hay 280 mil estudiantes universitarios. Tampoco que, "de cada 100 jóvenes en edad de asistir a la educación superior, en el quintil más rico, 65 lo hacen. En cambio, de cada 100 jóvenes en la misma situación en el quintil más pobre, sólo 9 acceden a ella".¹⁴ La

¹³ El "Fondo Solidario" es el capital de que dispone el Estado para entregar el beneficio del crédito universitario a los alumnos de las universidades del Consejo de Rectores. Éste "permite que estudiantes de escasos recursos económicos puedan estudiar con disminución total o parcial del arancel". CORVALÁN, J. La educación superior: El desafío de la equidad. En: Mensaje. Número 409. Junio 2000. Ahora, el estudio de transformaciones a este fondo (y al sistema general de aporte fiscal a la educación superior), ha suscitado este año un conflicto entre la autoridad del ramo (Ministerio de Educación) y algunas federaciones estudiantiles, entre ellas, la FECH. N. del A.

¹⁴ CORVALÁN, J. 2000.

Encuesta CASEN 1998 constató que la educación superior (que incluye la impartida por los institutos profesionales y los centros de formación técnica) refleja un cuadro de evidente inequidad, donde el quintil más rico tiene una cobertura siete veces mayor en comparación al quintil más pobre.

Así, los universitarios, repartidos en las 25 universidades del Consejo de Rectores y en las 36 universidades privadas, provienen en su mayoría de los estratos medios y altos de la población.

Son datos a tener en cuenta. La solidaridad estudiantil de fines de los 90 y principios de siglo tiene mucho que ver con los procesos de promoción social producidos en las últimas décadas. Al respecto, se puede decir que, si bien la matrícula de universitarios ha crecido, la calidad de estudiante universitario continúa siendo privativa de los hijos de algunos sectores sociales.

Ello ayuda a comprender algunos *por qué* de la creciente solidaridad estudiantil. Mientras algunos la desarrollan para poder “asomarse” al mundo de la pobreza (del cual nunca no han formado parte), otros la viven como una forma de retribuir a la sociedad la oportunidad que ésta les ofrece para alcanzar un título profesional. Bueno. Es algo que se verá con más detalle en lo sucesivo.

Unos casos

De federaciones y “cabros pala en mano”

No paraba de llover en medio de los temporales de junio del 2000 cuando cientos de universitarios se agolpaban en las sedes de las federaciones estudiantiles para ofrecer su ayuda a los miles de damnificados. La suspensión de las clases no los hacía quedarse en casa pegados a la estufa y frente al televisor. Todo lo contrario. Los llevaba a salir y, bajo la orientación de los dirigentes de las federaciones estudiantiles, esparcirse por las comunas más afectadas de la zona central en busca de lugares y situaciones donde ser útiles.

La respuesta espontánea de los estudiantes no era extraña. Todos ellos sabían que las federaciones, en caso de catástrofes naturales como la de aquel momento, tenían una larga tradición de organizar rápidos operativos de ayuda a las víctimas.

Tanto la FECH, dirigida en ese momento por Alvaro Cabrera del Partido Comunista, como la FEUC, encabezada por Jorge Canals del Partido Demócrata Cristiano, improvisaron grupos de estudiantes que, pala en mano, fueron a despejar las calles y casas inundadas, además de realizar otras labores de asistencia.

La prensa, interesada en sacar el máximo provecho de la situación angustiosa de cientos de familias, no pudo sino prestar atención a los esfuerzos estudiantiles. No fue raro ver por televisión decenas de universitarios ayudando a clasificar ropa y

remedios en el Hogar de Cristo o en la Cruz Roja, sacando el barro del interior de mediaguas inundadas o atendiendo médicamente a las familias albergadas.

La movilización estudiantil en situaciones de catástrofes es quizás uno de los rostros más conocidos de la "solidaridad universitaria". No obstante, a juicio de sus impulsores, si bien tiene el mérito de ser una de las instancias de ayuda que más congrega gente alrededor de las federaciones, no es ni la mejor ni la más importante.

Cuando Iván Mlynarz, presidente de la FECH, piensa en la acción social impulsada por su organización, distingue tres frentes. No es casual que en ninguno de ellos incluya a los operativos de emergencia ante catástrofes. Él considera que reflejan una solidaridad espontánea y empática con el dolor ajeno, pero muy efímera y poco profunda.

"Refiriéndonos a lo que normalmente se entiende por actividad solidaria, la FECH está vinculada básicamente a lo que son tres tipos de proyectos en los últimos años: los trabajos voluntarios de verano, los trabajos voluntarios permanentes y la colaboración a grupos de estudiantes que realizan actividades particulares", indica.

Ejemplo de esto último es el apoyo brindado al Preuniversitario Popular Gandhi, impulsado por estudiantes de la Facultad de Derecho de la universidad. Esta iniciativa partió hace algunos años ofreciendo sus servicios gratuitos a secundarios

impedidos de costear la mensualidad de los preuniversitarios tradicionales. Hoy cobra mil pesos mensuales, más que nada, como una forma para que los alumnos se sientan con el derecho a reclamar por el servicio.

A cargo de este centro están universitarios y algunos profesores interesados en la promoción de los jóvenes populares.

Mlynarz señala que, tras un inicio muy modesto, el Preuniversitario Gandhi ya vive una etapa de consolidación: tiene su oficina en dependencias de la FECH e imparte clases en la Facultad de Derecho, con el respaldo de las autoridades.

Un dato que destaca el presidente de la FECH es la procedencia del impulsor de esta iniciativa. “El director del preuniversitario, Eduardo Quiroz, es estudiante de Derecho. Él vendía antes helados en las micros y entró a la Universidad de Chile gracias a una beca que le dio el Preuniversitario FECH. Y él decidió que iba a hacer un preuniversitario para la gente con menos oportunidades”, acota.

¿Gratitud? ¿Empatía? Cualquiera de las dos palabras permitiría explicar satisfactoriamente el origen de este preuniversitario popular.

Otros movimientos de la “U”

Mlynarz destaca otros grupos apoyados actualmente por la federación. “Tiempo para Construir” (TPC) es uno de ellos. Se trata de un movimiento impulsado por estudiantes de diversas carreras que trabaja desde hace 5 años en tareas de asistencia a niños de hogares y de escuelas vulnerables. Este caso se verá en detalle más adelante.

Según la clasificación del presidente de la FECH, fuera de la labor de apoyo a los grupos del alumnado, la federación también impulsa otro tipo de iniciativas: los llamados “trabajos permanentes”. En los años 99 y 2000 éstos fueron desarrollados en las tomas de Peñalolén y Monseñor Carlos Oviedo (Región Metropolitana).

Dichos trabajos fueron hechos directamente por la federación y tuvieron un funcionamiento regular, es decir, sábado a sábado.

“Fundamentalmente se trabajó en los años anteriores con el tema de la asistencia médica y con el trabajo en prevención de parásitos y cosas de ese tipo. A los trabajos acudieron principalmente estudiantes de Medicina”, aclara Mlynarz.

No obstante, estos empeños no estuvieron exentos de dificultades, pues la disposición horaria y la motivación de los universitarios fue decreciendo.

“Funcionó los dos años anteriores, pero con ciclos bastante largos entre una actividad y otra y sin agarrar mucho vuelo”, agrega.

Mlynarz indica que este tipo de experiencias, que queda a medio camino, refleja la gran necesidad de organizar mejor los trabajos, pues pareciera que no es cuestión de tener una “idea solidaria”, juntar compañeros e ir a *intervenir socialmente* una toma o población.¹⁵

La guinda de la torta: trabajos voluntarios FECH

El presidente de la FECH señala que existe un tercer frente de acción que, después de los operativos de emergencia ocasionales, es una de las acciones solidarias estudiantiles más conocidas por la sociedad: los “trabajos voluntarios”, tanto de verano como de invierno.

Éstos son herederos de los desarrollados en los 80. Hoy día gozan de una satisfactoria convocatoria entre el alumnado de diferentes casas de estudio. En general, apuntan a mejorar las condiciones de vida de los habitantes de zonas alejadas de la capital.

¹⁵ En el léxico del trabajo social, se entiende por “intervención social” cualquier acción o proceso interventivo aplicado por uno o más sujetos a uno o varios grupos de sujetos, con fines de carácter social (mejoramiento de la calidad de vida, lucha contra la violencia intrafamiliar, erradicación de la desnutrición, etc.). A menudo es un término que suscita aprensiones, por su connotación “agresiva”. No obstante, es un concepto técnico que, entre sus ventajas, hace presente que la labor de los sujetos interventores intenta modificar las condiciones naturales del medio intervenido. N. del A.

Aprovechando la pausa académica del invierno y del verano, constituyen formas de intervención social relativamente simples y breves, de una a dos semanas de duración.

Entre sus actividades "punta" destaca la construcción o reparación de viviendas o edificaciones de valor colectivo (sedes vecinales, capillas, etc.); la asistencia médica, jurídica y social a los adultos, y el trabajo recreativo-formativo de los niños de las localidades escogidas.

Son varios los planteles de educación superior que realizan estos trabajos. Mientras que autoridades de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC) aseguran que un tercio de su alumnado ha asistido al menos una vez a estos trabajos, la evidencia arroja que las federaciones de universidades privadas han comenzado hace varios años a desarrollarlos periódicamente.

"Esta Federación ha tenido 4 experiencias en esa dirección", indica Iván Mlynarz (aludiendo a la gestión ligada a los comunistas a la cabeza de la FECH). La primera tuvo un carácter "ecológico" y fue desarrollada en 1998. La idea era apoyar la conservación de algunos parques nacionales y, por eso, fueron organizados por Comisión Nacional del Medio Ambiente (CONAMA). Pero el balance, según el dirigente, fue negativo.

Señala que dicha repartición gubernamental “no tenía ninguna inserción en los lugares a los que se fue”. “Entonces, se iba a los parques forestales y los guardas no sabían qué había que hacer; hubo problemas con la comida... Fue muy desastroso y eso quitó bastante el impulso”, afirma.

Esto llevó a que el año siguiente la FECH lanzara un proyecto propio, que marcaría el derrotero de los trabajos posteriores. El año 99 trasladó a decenas de estudiantes a Curarrehue y Raigolil, localidades precordilleranas ubicadas en las cercanías de Pucón (X Región). La idea era hacer algún tipo de trabajo preprofesional: reparación de viviendas, recreación a los niños y trabajo comunitario.

De esa experiencia Mlynarz recuerda la “cara de sorpresa” de organizadores y estudiantes, asombrados por conocer la realidad de trabajar en comunidades como éstas.

“Llegamos a una comunidad absolutamente dividida. O sea, Curarrehue tenía las diferencias huinca-mapuche, chileno-mapuche y cristiana-católica, muy marcadas. Otra diferencia era la división Concertación-derecha”, indica. Ello dificultó mucho el accionar de los voluntarios, transformando a los trabajos casi en una “visita”.

Pese a las dificultades, los estudiantes movilizados por la federación parecieron aleccionarse de que no era llegar y ejecutar trabajos voluntarios diseñados en

Santiago. La conversación con las autoridades locales, dirigentes mapuches, religiosos y gente del lugar les permitió, más que nada, tomar conciencia de que los próximos trabajos no debían pecar de ingenuidad y tenían que basarse en “lecturas de necesidades” de la comunidad y en una fuerte gestión previa.

La oportunidad para poner en práctica esta moraleja se dio el 2000, pero en Lumaco, Victoria, Traiguén y Tirúa, comunas costeras de la IX Región. A objeto de potenciar el trabajo se contactó previamente a las autoridades municipales, médicos de los consultorios y líderes de agrupaciones mapuches. Ello permitió levantar diferentes proyectos. “Y, como ya teníamos la experiencia de Curarrehue, se pudieron levantar bastante mejor los proyectos”, indica Mlynarz.

Entre los logros estuvo la edificación, en conjunto con la comunidad, de un jardín infantil en la comunidad rural de El Paltal. Ese jardín fue, con los meses, el primero en ser administrado y conducido por las propias comunidades indígenas, según destaca Mlynarz. Ello, dice, consta en los registros Junta Nacional de Jardines Infantiles (JUNJI).

De hecho, al volver este año los dirigentes de la FECH verificaron con alegría que el proyecto había funcionado y que la comunidad reconocía que las condiciones en las que estaban sus hijos habían mejorado.

En los trabajos del 2000 también se hizo una investigación de parásitos en la población. Estudiantes de Medicina recogieron muestras de sangre, orina y fecas, que se analizaron después, entrado el año. Los resultados fueron enviados luego al consultorio, de modo de ayudar a las lecturas epidemiológicas locales.

Lo cierto es que en estos trabajos se produjeron relaciones entre los estudiantes y las comunidades en la que permanecieron. Ellas invitaron a los universitarios a hacer este año nuevamente los trabajos allí, específicamente en Lumaco. “Se generaron vínculos, se conocía a la gente, el trabajo con los cabros chicos se podía continuar, porque eran los mismos cabros chicos”, declara Mlynarz.

Así, este año el programa a trabajar se propuso superar las grandes carencias educacionales, médicas y sicológicas detectadas en los niños durante el verano pasado. Ello a través de módulos de reforzamiento escolar y de creación de hábitos saludables. También se intentó brindar asistencia técnica a los campesinos del sector en temas como “erosión”, “calidad de suelos”, “manejo del bosque y de semillas”.

Para dar continuidad a la investigación médica del año anterior, se levantaron muestras de las aguas del sector que posteriormente fueron traídas a la capital para su análisis.

“Producto de que las condiciones de la agrupación que nosotros estábamos apoyando habían cambiado, lo que a ella le interesaba este año era la construcción, más que de jardines infantiles y cosas de ese tipo, de una buena sala de reuniones”, acota Mlynarz.¹⁶

Fue esta constatación la que llevó a los estudiantes de la FECH a decidir la edificación, a comienzos de este año, de una sede vecinal. La rendición por la compra de las maderas para construir este inmueble fue, meses después, uno de los elementos que levantaría las acusaciones de El Mercurio en contra de la federación.

Pero Mlynarz se defiende. Dice que la sede, “de 80 metros con enchapado, aislamiento e instalaciones”, se construyó y se hizo bien.¹⁷

Construir tiempo para los demás

El seno de la Universidad de Chile da cabida otro tipo de iniciativas solidarias que se diferencia claramente del de los trabajos de verano de la FECH.

¹⁶ La agrupación a la que alude Iván Mlynarz es una organización local llamada Mencocheo, que reúne a algunas familias de la zona. N. del A.

¹⁷ CARBALLO, M. “Tres historias en la FECH”. En El Mercurio. Reportajes. 1 de julio 2001. Pág. 14.

Entre los grupos mencionados por el presidente de federación, destaca uno creado hace 5 años y que hoy congrega a cientos de estudiantes de diferentes facultades de la Casa de Bello. ¿Su nombre? “Tiempo para Construir” (TPC).

Este movimiento refleja muy bien las características de la solidaridad de fines los 90 y principios del siglo: independencia de los centros de alumnos y federaciones estudiantiles, consolidación orgánica, trabajo constante durante el año e incorporación de jóvenes de distintas carreras y de diversas sensibilidades políticas y religiosas.

Marcelo Bravo, joven abogado y fundador de la iniciativa, postula que ésta nació del convencimiento de que los universitarios tienen un rol fundamental en la superación de la pobreza, el que -a su juicio- no sólo debe desempeñarse una o dos veces al año, sino permanentemente.

“En varias oportunidades he visto cómo se pretende en dos semanas hacer un cambio profundo que, la verdad, no es real. Parece bonito un compromiso de dos semanas, pero, ¿qué se hace en dos semanas? Hacer una letrina, una biblioteca, pero no un cambio en la sensación de la gente de la falta de expectativas”, indica.

Para Bravo el más valioso aporte de un estudiante se inicia al momento de oír a las personas en situación de pobreza, ver cuáles son sus necesidades reales y trabajar

luego *junto con ellas*. Ello, destaca, debe hacerse de manera constante. Y, según sus palabras, así lo intenta TPC.

Según Bravo, “Tiempo para Construir” es un proyecto que nació con la idea de “satisfacer las inquietudes sociales que muchos traen de sus colegios”.

“Cuando entras a la universidad, aparte de tus responsabilidades académicas, tienes una sensibilidad que cultivaste en el colegio y que no logra alojar en ninguna de las instituciones o programas que existen. Cuando entré el gobierno de los estudiantes era el de la FECH, que tenía algún carácter político que es entendible, pero que no era aplicable a un tema de compromiso social”, indica Bravo.

De ahí que él y un grupo de amigos decidieran dar curso a sus inquietudes sociales a través de una actividad concreta: la realización de un modesto campeonato de baby fútbol para niños de instituciones tuteladas por el Servicio Nacional de Menores (SENAME).

El pequeño torneo congregó a centenares de niños, muchos más de los que habían proyectado. “Aparte de los jugadores, venían las barras, o sea, era mucha gente”, recuerda Bravo. Entonces, optaron por pedir apoyo a sus compañeros y a grupos y comunidades de diferentes facultades, con un discreto resultado. Incluso la FECH, cuenta Marcelo, no se mostró particularmente motivada en ayudarlos.

Mas los pocos refuerzos que llegaron bastarían para dar un buen término al campeonato.

“Entonces, nosotros nos dimos cuenta que había un vacío. Fue esa sensación la que nos impulsó a crear un pequeño grupo de trabajo un poco más orientado a estos temas, dejando de lado el tema político y religioso. Y ahí empezamos a organizar pequeños trabajos en la Ciudad del Niño y con otros hogares”, indica.

El año 97 el rector Jaime Lavados conoció la labor de este emergente grupo y, ante los temporales que afectaron la zona central del país durante ese invierno, decidió apoyarlo para coordinar la ayuda social de los estudiantes de la Universidad de Chile.

Cuenta Bravo que en esa ocasión, habiéndose preparado TPC para trabajar con 100 estudiantes, tuvo que hacerse cargo de coordinar a más de 800 voluntarios. “Al final no éramos capaces casi de nada. O sea, se hizo lo que se pudo, bien o mal. Llegaban a una comuna, necesitaban palas, llegaban sin nada. ¡Era una descoordinación! Nosotros no estábamos preparados para todo eso”, recuerda.

Sin embargo, salvaron la situación. Es más: parte de grupo que estuvo bajo su coordinación se integró luego al movimiento, fortaleciéndolo y proyectándolo.

En lo fundamental, hoy día TPC trabaja en la implementación de dos experiencias sociales. Una de ellas es un proyecto de educación en salud, destinado a pacientes y funcionarios de algunos consultorios capitalinos. Éste involucra a estudiantes de Derecho, Odontología y Psicología. Ocasionalmente, incluye operativos para prevenir enfermedades como la pediculosis o la sarna ente niños en situación de pobreza.

El otro es un proyecto que busca apoyar la implementación de la Reforma Educacional en las escuelas más pobres de la Región Metropolitana.¹⁸ La idea es que este grupo de jóvenes colabore activamente con los profesores, que tienen poco tiempo e incentivo para preparar sus clases. Al respecto, Iván Mlynarz -quien ofreció el apoyo de la FECH al grupo- complementa: "Entonces, viene un cabro que tiene más ganas, más ánimo, que va solamente a hacer una hora y media a la semana y le puede colaborar. En la federación estamos apoyando a este grupo en esa dirección".

Esta empresa tuvo un hito importante el año pasado, cuando se implementó un plan piloto que buscaba incentivar a los mismos estudiantes secundarios la realización de obras sociales. "Quisimos sensibilizar al estudiante de enseñanza

¹⁸ La Reforma Educacional es una iniciativa que busca ampliar las competencias nacionales en materia de educación. Impulsada por el presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle en 1996, tiene como principal elemento la extensión de la jornada escolar (lo que significa pasar de 800 a 1.200 horas anuales). Además, considera apoyos e incentivos preferenciales a las escuelas y liceos más pobres, actualización en tecnología y el saber pedagógico de punta, capacitación para profesores y profesoras, entre otras cosas. N. del A.

media llevándolo a ver niños de otros lugares para que asumiera contacto con gente distinta”, afirma.

Lo de hoy ha sido capacitar a los jóvenes interesados en trabajar en la implementación de la reforma educativa, de modo de cualificarlos al máximo. Para ello TPC inició, junto con la Dirección de Asuntos Estudiantiles de la universidad (DAE), un taller impartido por especialistas del Ministerio de Educación y de instituciones ligadas al tema.

Más que las actividades, al joven dirigente de TPC le interesa resaltar una idea: la solidaridad debe ser permanente. Sólo así se pueden superar los esquemas de trabajo ocasional y “asistencialista”.¹⁹ “En el caso de un universitario, el trabajo social sistemático lo hace automáticamente responsable, porque no sólo va, por ejemplo, a entretener niños para una Navidad sino que se convierte en el tío que comparte las cosas, el tío al que se le cuentan los problemas”, afirma.

Y es que muchos de los miembros de TPC estaban inquietos por superar los paradigmas asistencialistas y efímeros de muchas iniciativas sociales universitarias. “Esperábamos del estudiante universitario algo o más que eso, con más proyección, más profesionalización”, concluye.

¹⁹ El “asistencialismo” es un término utilizado por sociólogos, trabajadores sociales y otros especialistas del área para connotar cierta postura “paternalista” de quienes desarrollan acciones solidarias. Normalmente, la “solidaridad asistencialista” es definida en contraposición a la “solidaridad de promoción”. Una interesante reflexión en torno a este tema se puede encontrar en DOCKENDORFF, C. Solidaridad: La construcción social de un anhelo. MIDEPLAN, FOSIS, UNICEF. Primera edición. Santiago de Chile. 1993. Pág. 17.

En qué está la PUC

Según sus autoridades, académicos y alumnos, la actividad social estudiantil de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC) es una de las cuestiones que más la distinguen de otras casas de estudios. Entre otras cosas, lo atribuyen al origen católico de parte importante del alumnado, lo que proveería a éste de una sensibilidad social característica. También a políticas intencionadas por parte de la universidad que estimularían a los alumnos a desarrollar una mirada social de su vida universitaria y profesional. Algunos de ellos ven que iniciativas como “Un techo para Chile” o el movimiento “En todo amar y servir”, creado a partir del apoyo al INFOCAP (“La Universidad del Trabajador”), son de autoría de alumnos de este plantel.²⁰

“La universidad está muy motivada en que haya muy buenos líderes sociales y trata de que esos líderes puedan desarrollarse, puedan crecer como tales y como personas”, asegura Eduardo Katz, Coordinador del Departamento de Asuntos Estudiantiles de la PUC (DAE).

²⁰ El Instituto de Formación y Capacitación Popular (INFOCAP) es un centro educacional para personas de escasos recursos con pocas oportunidades para capacitarse. Esta “universidad”, creada por la provincia chilena de la Compañía de Jesús, nació con el objetivo de contribuir a erradicar la pobreza del país. Hoy día capacita a 620 jóvenes y adultos, cesantes, sin profesión, quienes logran sacar adelante un oficio. Este instituto nace tras promulgarse la ley que permitió en 1983 la creación de nuevas universidades. Desde sus inicios ha tendido entre sus profesores a estudiantes voluntarios, los que, con el tiempo, levantaron el movimiento “En todo amar y servir”. N. del A.

Y agrega: “La Católica tiene la suerte de que a ella entra gente muy especial que le gusta mucho la acción social. Si uno ve los grandes líderes sociales que hay en Chile en estos momentos, son principalmente de la Católica. Hay un conjunto de cosas: la participación en los centros de alumnos, la participación en trabajos de invierno, el carácter católico... Es un sello que la universidad da desde hace tiempo y que se ha incrementado mucho en los últimos años. Esto se nota en la cantidad y calidad de gente que sale de la universidad y que está tomando como opción de vida la acción social, como el mismo Claudio Seebach (director de “Un techo para Chile”)”.

La historia de estos últimos años parece dar razón a Katz. Por ejemplo, la federación de estudiantes de dicho plantel (FEUC), no ha estado ausente a la hora de levantar proyectos sociales de envergadura. Apoyada muchas veces por la universidad (entre otras cosas, a través de un fondo concursable especial para iniciativas sociales), ha logrado impulsar una nutrida labor social, estimulando también la emergencia de agrupaciones y movimientos solidarios entre los estudiantes.²¹

En el caso puntual de la FEUC, la acción social promovida por ésta ha tenido diferentes énfasis, los cuales han dependido en gran medida de quienes han estado a la cabeza de la organización.

²¹ Dentro de los programas desarrollados por la DAE de esta universidad está el “Fondo de Acción Social Estudiantil” (FASE), que es de carácter permanente y que brinda apoyo económico a las mejores iniciativas sociales de alumnos de la PUC. El “Premio Azul”, de la Universidad de Chile,

Las gestiones del estudiante de izquierda Alvaro Ramis, de teología (1998); del independiente Sebastián Zulueta, de ingeniería comercial (1999); del demócratacristiano Jorge Canals, de derecho (2000), y del "gremialista" Alejandro Arrau, de ingeniería comercial (2001), han apuntado a diferentes objetivos solidarios, aun cuando se han valido de recursos relativamente parecidos: campamentos de verano e invierno, campañas ocasionales, estímulo a la creación de grupos con fines solidarios, misiones de evangelización, entre otros.

Dentro de este contexto destaca una iniciativa creada por el ex presidente de la FEUC, Sebastián Zulueta, el cual, entusiasmado con hacer de la solidaridad uno de los elementos caracterizadores de su gestión, creó en el año 2000 la Central de Trabajos Sociales (CTS).

En un encuentro estudiantil realizado en agosto de 1999, Zulueta delineaba algunos de los motivos inspiradores de su gestión a la cabeza de la FEUC, los que luego imprimiría en el quehacer de la CTS.

"Este último tiempo se le ha dado muy fuerte a la sensibilización en el tema de la pobreza. Pero hay una realidad mucho más amplia de la pobreza que es la de todos los sectores discriminados de nuestra sociedad; están los discapacitados, la tercera edad, bueno, un sin fin de áreas donde hay una situación de injusticia que tenemos que mostrar, de modo de sensibilizar para que la gente tenga contacto.

también ha beneficiado a proyectos sociales, pero no es exclusivo para empresas de esta

(...) Tenemos que hacer un esfuerzo muy fuerte para mostrarle a la gente dónde está habiendo injusticia, dónde podemos trabajar creando ideas, mostrándoles la realidad”, afirmaba Zulueta.

Junto con el desafío de “sensibilización”, el ex dirigente colocaba las tareas de “capacitación” y “acción concreta” de los universitarios con inquietud social.²²

Dichos retos son cuestiones que la CTS ha trabajado en los años posteriores. Así lo asegura Marisol Cepeda, actual coordinadora de la iniciativa y persona ligada a este tipo de trabajos desde hace varios años.

Ella, estudiante de pedagogía, da su versión sobre la emergencia de la CTS: “La central nació porque un grupo de amigos nos reunimos y empezamos a soñar en grande. (...) Comenzamos a soñar qué tipo de profesionales queríamos ser, con qué rasgos característicos, y ahí empezó a surgir la idea”.

Después de casi tres años de labor, la CTS genera hoy proyectos sociales tales como talleres de capacitación en animación de niños, liderazgo y otras habilidades para la intervención social, además de seminarios (o cátedras), la página Web y la publicación Trema, boletín periódico en el que se abordan temas sociales.

naturaleza. N. del A.

²² Transcripción del Foro “Solidaridad universitaria ¿Diversión o compromiso?” (evento realizado en Gesta, Fundación Marista por la Solidaridad, en agosto de 1999). Documento no editado de Gesta.

Es precisamente este último proyecto, Trema, uno de los favoritos de la CTS. “La actividad que ha tenido más repercusión es Trema, por la difusión, porque llega a gran cantidad de estudiantes y porque hace reflexionar sobre temas sociales”, indica la estudiante.

Ella se muestra satisfecha con el impacto de esta publicación en un medio estudiantil que, según ella, tiene tres segmentos delimitados: “uno súper comprometido con lo que es la acción social y el rol que como futuros profesionales nos compete; otro que es como “sí, estamos conscientes, pero no hacemos mucho”, y otro que realmente se mantiene al margen de esto”.

La alumna agrega que la CTS tiene otras actividades que han marchado bien. Es el caso del “Taller de Lenguaje a Señas”, diseñado para capacitar a los estudiantes en la comunicación con sordomudos. Según indica, ha sido tal el impacto que “resultó muy bonito ver, por ejemplo, que con el taller del año 99, los que asistieron hacían después su tesis en función de gente discapacitada”. Para ella fue una muestra clara de las ganas de sus compañeros de conocer, comunicarse y “estar” con los más necesitados, en este caso, con los discapacitados.

También la CTS impulsa desde el año pasado una iniciativa llamada “Cátedra Cardenal Raúl Silva Henríquez”. En ésta, personalidades y académicos de distintos ámbitos capacitan y sensibilizan a jóvenes con interés por lo social. En la cátedra han participado Benito Baranda y Alberto Etchegaray, ambos directores de la

Fundación Nacional para la Superación de la Pobreza (FNSP). Este año se espera la presencia de Humberto Maturana, biólogo de la Universidad de Chile.

Los objetivos que los miembros de la CTS atribuyen a sus iniciativas solidarias son claros. Dos de ellos les interesan en particular: ayudar a personas excluidas socialmente y formar futuros profesionales sensibilizados ante los diferentes tipos de pobreza.

“Nuestro sueño es que cuando las personas egresen o salgan de la Católica y les toque un puesto en una empresa o liderando políticas públicas, tengan conciencia de que sus decisiones van a influir en la gente y que pueden ser mejores o peores para superar la situación de los que viven en la pobreza y la marginación”, puntualiza Cepeda.

Con todo lo anterior los integrantes de la CTS sienten estar cumpliendo una meta trazada por Sebastián Zulueta el año 99:

“El compromiso social tiene que ser un virus, es decir, algo que no puede quedarse encerrado en un lugar muy chico o en grupo de personas sino que debe infectar a todas las personas; un virus que se expanda tanto que la gente se sienta inconforme ante las injusticias y que eso se transforme en una inconformidad

permanente que lleve a trabajar por los demás en las distintas áreas de la vida, en desempeño profesional, en los estudios, en la familia”.²³

PUC, estudiantes y Cía. (de Jesús)

Eduardo Katz, coordinador de la DAE de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC), insinúa que entre los logros “tangenciales” de este plantel está la creación del proyecto “Un techo para Chile”.

Lo cierto es que dicho proyecto -iniciativa de un grupo de universitarios efectivamente ligados a la PUC- fue una manifestación más de las buenas relaciones de esta casa de estudios con las obras sociales de la provincia chilena de la Compañía de Jesús. Es el caso del INFOCAP, “La Universidad del Trabajador”, del Hogar de Cristo y del movimiento “En todo amar y servir”, todas obras de impronta jesuítica que han sido invadidas entusiastamente por los estudiantes de la PUC.

Este hecho no debe extrañar. Los jesuitas tienen en Chile una larga trayectoria trabajo social que han podido difundir a través de sus colegios “de pago”: los colegios capitalinos San Ignacio de El Bosque y San Ignacio de Alonso Ovalle

²³ En la actualidad, Sebastián Zulueta, trabaja en la implementación de una hospedería en la zona céntrica de Santiago. En ella, junto con algunos amigos, atiende diariamente a cerca de 40

(cuyo alumnado suele hacer sus estudios superiores en la PUC). Además, el carácter religioso de las obras jesuitas ha logrado captar la atención de los estudiantes menos proclives a desarrollar trabajos sociales a cargo de la FEUC u otras instancias más políticas.

Más allá de si nació o no desde la PUC, el proyecto "Un techo para Chile" es digno de ser conocido, por su impacto en sociedad chilena de principios de siglo.

Techos para Chile

Para los acostumbrados a la Teletón y a los "Chile ayuda a Chile" (estas últimas en los casos de catástrofes naturales), el proyecto "Un techo para Chile" ha sido todo un acontecimiento. Su despliegue publicitario y de prensa, sus movimientos de recursos materiales y humanos hablan de una cruzada sin precedentes en la historia del país. Pocos imaginarían que surgió de un grupo de universitarios que no era ni tan grande ni tan poderoso.

Según sus organizadores, los orígenes de este proyecto están en la lectura juvenil de los indicadores de la pobreza del país. Las estimaciones que ellos tenían en 1997 delataban la existencia de, a lo menos, 1500 campamentos o "poblaciones callampa", conjuntos de familias habitantes de improvisadas construcciones de

indigentes. La hospedería se financia con aportes de sus creadores, más fondos provenientes de

cartón y desperdicios, sin acceso a los servicios básicos y en terrenos no urbanizados.

Las consecuencias de esa situación son conocidas: drogadicción, alcoholismo, delincuencia, marginalidad y maltrato familiar, entre otras cosas.

Atendiendo a esa situación, un grupo de universitarios -ceranos a la PUC y a la espiritualidad ignaciana- ideó una campaña destinada a construir mediaguas para erradicar algunos de estos asentamientos. Esta idea la plasmaron en el proyecto "2000 mediaguas para el 2000" que, en poco más de dos años, logró cumplir su meta.

A juicio de Claudio Seebach -actual director nacional de "Un techo para Chile" y uno de los promotores de la iniciativa- los estudiantes de "2000 mediaguas para el 2000" tuvieron dos ideas inspiradoras. La primera guardaba relación con una motivación cristiana, "que decía que, si hace 2000 años Cristo no tuvo un lugar digno donde nacer, no era responsabilidad nuestra, pero si 2000 años después aún no lo tenía sí debíamos hacer algo al respecto". De ahí que el grupo se planteara la meta de construir estas viviendas.

La segunda idea era el vencer cierto sectarismo que se daba en torno a grupos o movimientos solidarios al interior de las universidades.

“Los estudiantes se dieron cuenta que los trabajos voluntarios de muchas universidades eran siempre de grupos cerrados y que, en el fondo, aumentaban el individualismo, el que genera muchas veces pobreza. Si yo voy solo con mi grupo de amigos a construir algo no rompo el círculo que alimenta la pobreza”, afirma Seebach.

Tras el éxito de la primera campaña, la Iglesia católica y algunos empresarios encomendaron al mismo grupo continuar la iniciativa, esta vez como parte de la celebración de Jubileo del año 2000.

Seebach recuerda que en ese momento se les propuso edificar 2 mil mediaguas más, pero que esa idea no les “tincó”.

“Nosotros planteamos que en realidad queríamos soñar con algo más grande, que era generar un proyecto generacional, transformar en un sueño común el terminar con los campamentos en Chile”, indica. Y en ese sentido fueron los esfuerzos posteriores.

Hoy la campaña tiene toda una “máquina” trabajando. Las tareas se han descentralizado y cada región cuenta con grupos que detectan campamentos, los catastran y comienzan a “moverse” por ellos. Existen también equipos encargados de la formación de voluntarios o de aspectos comunicacionales que buscan la

captación de aportes por diversos medios (radio, televisión, entre otros). En este ámbito, las “asociaciones estratégicas” que el proyecto ha establecido con medios de comunicación (como Canal 13-UC) y con empresas (como el Banco Santiago o Almacenes París) han tenido excelentes resultados.

Y es que, según Seebach, la idea ha sido integrar al mayor número posible de personas, de todas las tallas, credos y colores. “Un principio básico es que el proyecto sea en diversidad, invitando a todos”, afirma. Ello parece haberse logrado, pues en la edificación de mediaguas hasta musulmanes y judíos se han dejado ver “metiendo las patitas en el barro”.

Si bien se le ha criticado por “sobreexposto” o “marqueteado”, el proyecto continúa a muy buen tranco. A juicio de Seebach, “Un techo para Chile” tiene el gran mérito de “poner el tema de los campamentos en el tapete nacional”.

Y, en ese sentido, agrega: “Hemos tenido como nuestros mejores aliados a los temporales”, aludiendo al jugo emocional que los medios de comunicación social han sacado de las inundaciones de los últimos años. “La campaña sobre todo busca también sensibilizar a la sociedad con un tema que había estado escondido”, puntualiza.

Algunos han criticado a esta campaña el que las mediaguas sólo son una solución “de parche” que no mejora la calidad de vida de las personas. Afirman además que

no se logra mucho con llegar, hacerles una casa a los pobres y después irse, pues ella es percibida como un regalo y eso es algo que no los incentivaría a luchar por ellos mismos.

Esas críticas a los organizadores no les hacen mella. Dicen haber tomado precauciones para que eso no pase. Seebach valora el aporte concreto que es para una familia la mediagua y agrega que, en todo caso, nunca se plantearon decirle a la gente que esa era la vivienda definitiva a la que debía aspirar en la vida.

Por el contrario, asegura que se han esforzado en promover el que las familias ahorren y alcancen a insertarse en los programas de vivienda del ministerio del ramo. La cuestión, agrega, es que el punto de partida para que puedan hacerlo es contar con una vivienda, en este caso, "de emergencia".

En cuanto a lo del "paternalismo", los encargados dicen impulsar una modalidad de trabajo que hace partícipes a las familias en la edificación de la mediagua. Ello a través de incentivos para que ahorren y la paguen (30 mil pesos de un total de 250 mil), se organicen y trabajen con los jóvenes voluntarios. Incluso después del término de la sencilla construcción.

Según sus organizadores, "Un Techo para Chile" fue, es y será un proyecto de estudiantes. En su centro de operaciones, ubicado en la comuna de San Joaquín, muy pocos superan los 24 años. Lo mismo en los campamentos de todo Chile,

donde hay voluntarios de hasta 15 años. De ahí que este proyecto tenga tanto “punch”, como dicen.

Y a la hora de explicar por qué esta campaña está en manos de universitarios Seebach señala que es “porque la posibilidad de generar un cambio en Chile nace precisamente en el lugar donde hay mayor fortaleza y sueños: la juventud. Además, porque (ésta) tiene una capacidad enorme de organizar, de gestar”.

Lo anterior ha implicado uno que otro problema. Se habla que, al ser voluntarios, a veces son “relajados”. También que necesitan de orientación para desenvolverse con “tino” en medio de la pobreza. Pero esta empresa de jóvenes -que ya ha dejado de ser una campaña, pasando a constituirse en una fundación- tiene un balance más que satisfactorio, que se traduce en techo para muchos y profundas satisfacciones para otros.

Gesta, una fundación de jóvenes

Para cerrar un vistazo general a los casos más notables de la solidaridad universitaria surgida en la segunda mitad de los 90, vale la pena conocer el caso de Gesta.

En 1997, el Instituto Nacional de la Juventud (INJUV) preparaba un estudio en que se comenzaba a confirmar la sospecha de muchos en relación al desinterés juvenil por la participación ciudadana (materializada, entre otras cosas, en la baja inscripción electoral).²⁴

El caso la investigación del INJUV no era aislado. Parte importante del discurso social sobre los jóvenes chilenos de ese momento los retrataba como personas más bien indiferentes, apáticas y de escasa iniciativa. Declaraba además que, en general, carecían de mayores móviles o pretensiones, fuera de sus aspiraciones de vestirse bien, “carretear” y “pololear”. Qué decir de sus deseos de integrar grupos culturales o de acción social. Se indicaba que esas inquietudes eran cada vez más extrañas.

“Menos de la mitad de los jóvenes participa en grupos con algún tipo de organización (...). En organizaciones estudiantiles participa una cifra por debajo del 10%”, eran algunas de las conclusiones del psicólogo e investigador Gonzalo Miranda en ese momento.²⁵ Ellas recogían parte de la investigación social de ese instante.

Hoy muchas de estas constataciones quedan a lo menos “en suspenso” al conocer los casos mencionados más arriba. Más aún el de Gesta, fundación creada en

²⁴ INJUV (Instituto Nacional de la Juventud). Caracterización de la realidad juvenil de los 90. Santiago de Chile.

octubre de ese año a iniciativa de un grupo de jóvenes universitarios. Este fue otro buen ejemplo que desafió los discursos alarmistas en torno a los jóvenes.

Allí, un grupo de universitarios de diversa procedencia comenzó a levantar, sin mayores “recetas” y experiencia, un modo activo, voluntario y solidario de vivir su juventud.

“Gesta, Fundación Marista por la Solidaridad Juvenil, nace de esa capacidad joven de no ser indolente a la marginación de muchas personas. Fueron jóvenes los que la crearon. Hoy son jóvenes los que la construyen día a día”, dice el pantallazo inicial de la página Web de esta organización.²⁶

Esta fundación fue levantada a partir de la experiencia de un grupo de universitarios que venían ofreciendo su trabajo voluntario en centros abiertos del Hogar de Cristo y en iniciativas ocasionales en beneficio de infancia vulnerable, promovidas por la Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas (JUNAEB). Ello a principios de la década del 90.²⁷

²⁵ MIRANDA, G. Tendencias actuales en la juventud chilena. En: Mensaje. Número 473. Santiago de Chile. Octubre 1998. Pág. 28.

²⁶ Ver www.fundaciongesta.cl

²⁷ Durante los años 90 la JUNAEB desarrolló sendos programas recreativos a nivel nacional en beneficio de los estudiantes de las escuelas y liceos más pobres del país. Estos programas se tradujeron en “Campamentos Escolares” y, a partir del año 97, en “Campamentos Sociorecreativos”.

Tras los años este grupo sintió la necesidad de consolidar a través de una estructura permanente su trabajo social. Partícipes de la espiritualidad *marista*, los integrantes del grupo propusieron un “proyecto” a la Provincia de Hermanos Maristas de Chile, a objeto de concretar en conjunto una obra de estas características.²⁸ Algunos religiosos de esta congregación trabajaron intensamente para ofrecer a la nueva idea una oportunidad de concreción.

Finalmente, los hermanos apoyaron la idea destinándole una casa y recursos provisorios para iniciar su labor. El resto corrió por cuenta de sus jóvenes gestores.

El año 1998 fue un período de construcción de Gesta, en el que se iniciaron numerosas “experiencias piloto”, muchas de las cuales serían replicadas posteriormente. Entre ellas destacó la realización de campamentos recreativos (en conjunto con JUNAEB), que permitieron dar vacaciones de verano a más de 2000 niños en situación de pobreza. Para la ocasión se reclutó a más de 250 voluntarios, de diversas universidades, credos y posiciones políticas.

La cantidad de beneficiarios ha fluctuado siendo hacia finales de la década de unos 40 mil estudiantes. N. del A.

²⁸ La Marista es una congregación religiosa fundada por el sacerdote francés Marcelino Champagnat a principios del siglo XIX. Dedicada a la educación, llegó a Chile en 1911. Actualmente tiene más de 11 escuelas y colegios a lo largo del país. En Santiago dirige dos colegios: el Instituto Alonso de Ercilla (de Santiago Centro) y el Colegio Marcelino Champagnat (de La Pintana). N. del A.

Otras iniciativas creadas por los miembros de Gesta fueron publicaciones periódicas destinadas a un público universitario (boletín La Ventana) y talleres en materias tales como "Diseño de Proyectos Sociales" o "Elaboración de Programas Recreativos para Niños en Riesgo Social". Todas ellas se mantienen con algunas variaciones hasta hoy.

Gesta también lanzó el año 98 una iniciativa que permitió romper muchos mitos en torno a la asociatividad juvenil de carácter social: el "Fondo para la Solidaridad Joven". Éste consistió en un fondo concursable para apoyar proyectos solidarios de universitarios y jóvenes en general. En su versión 2000 fueron más de 150 los grupos que se acercaron a Gesta a retirar las bases, tras sólo un mes de exposición de una modesta campaña publicitaria. Setenta de ellos postularían y, luego, 20 de ellos serían premiados.

Según Mario Faúndez, secretario ejecutivo de Gesta y estudiante de auditoría de la Universidad de Santiago, el espacio abierto por la fundación ha sido ocupado por decenas de universitarios, sin distinción de credos, sensibilidades políticas y procedencias. A través de sus actividades sus miembros se hicieron de un espacio para mantener la conciencia atenta a las necesidades de los sectores más postergados. Todo, dice, en un ambiente de libertad, iniciativa espontánea y horizontalidad.

Faúndez indica hoy que, transcurridos casi 5 años de trabajo, esta organización tiene puesto su énfasis, más que en el “activismo social”, en la “formación *en la solidaridad* de los universitarios”. Esto, dice, apunta a insertar a los jóvenes en procesos que den algún sentido a su trabajo social.

Para el secretario ejecutivo, el segundo aspecto que define el estilo de Gesta es el promover experiencias de servicio que acerquen a los jóvenes al mundo de la pobreza. Ello, explica, porque “los jóvenes descubrimos que, con todo lo bueno que puede ser la caridad de campañas sociales o de donaciones, ésta jamás se comparará al aprendizaje que se produce cuando se interactúa con las personas en condición de pobreza”.

Así, dice, se privilegia un tipo de trabajo que genera permanentemente instancias de convivencia con personas carentes, especialmente niños. Iniciativas como las colonias y campamentos de verano, los grupos de “salidas nocturnas solidarias”, entre otras, se alimentan de esta concepción del trabajo.²⁹

Pero también hay otros elementos. Faúndez destaca la capacidad emprendedora de los voluntarios. “En Gesta son los propios cabros los que construyen la organización”, indica. Y parece tener razón si se considera que el pequeño tamaño del equipo ejecutivo remunerado (4 personas) no sólo permite sino que obliga a

²⁹ Las “salidas nocturnas solidarias” son recorridos que hacen grupos de jóvenes por las calles de Santiago. Su objetivo es llevar comida, ropa y “compañía” a los *sin casa* de la capital. N. del A.

que sean los propios jóvenes, con sus potencialidades, talentos, contradicciones y defectos, los que definan el rumbo de la fundación.

“El secreto -indica el secretario ejecutivo- es confiar en ellos, jugársela por creer que pueden hacer las cosas que tan visceralmente piensan. Por cierto que son lentos, desordenados y, a veces, medio flojos, pero la mayoría de las veces llegan a puerto”, afirma.

Lo anterior, acota, ha llevado a desarrollar una tipo de trabajo horizontal, según el cual la opinión de todos es altamente considerada y valorada.

Así, en todas las comunidades de trabajo de Gesta -sea ésta el equipo editorial de La Ventana, sea un equipo ejecutor de colonias- se intenta una democratización de las decisiones. “Esto suele atrasar los procesos, pero fortalece las relaciones y los sentidos de pertenencia de los voluntarios de la fundación”, señala Faúndez.

No es casual que el trabajo de esta emergente organización “de” y “para” jóvenes tenga estas características. La promoción de un modo voluntario, experiencial y democratizador de vivir la solidaridad surge de una necesidad y estilo concreto de los jóvenes.

Pareciera pues que cuando se confía en las personas ofreciéndoseles oportunidades, más temprano que tarde llegan los frutos. Gesta parece ser un buen ejemplo que va a contrapelo de lo que se está diciendo de los jóvenes.

Unas interpretaciones

Qué hay de este fenómeno

Las distintas experiencias mostradas dan cuenta de la diversidad de formas a partir de las cuales los universitarios han acometido su lucha contra la pobreza (a fines de los 90 y principios del siglo XXI). No obstante, es posible distinguir en sus acciones algunas regularidades.

Dejando de lado el trabajo de las federaciones (que conserva características de la solidaridad de los años 80), gran parte de las experiencias actuales evidencian, entre otros rasgos, independencia de estructuras tradicionales de participación estudiantil, consolidación institucional, trabajo constante durante el año, incorporación de jóvenes de distintas carreras y, finalmente, una labor más allá de referentes políticos y religiosos excluyentes.

Ello revela el paulatino abandono de las expresiones de trabajo social estudiantil surgidas a fines de la dictadura. Otra interpretación llevaría a concluir que, conforme declina el interés en participar en cuestiones políticas (tanto al interior como al exterior de las universidades), aumenta la inquietud por hacerse parte de movimientos sociales como los mostrados.

Más allá de estos juicios, parece preciso mostrar el impacto que este fenómeno tiene en quienes lo impulsan: qué alcances, discursos y lecciones está teniendo. Para ello parece importante conocer la visión que los mismos jóvenes poseen de

su trabajo, pero también la del mundo académico y, especialmente, la de los agentes sociales que interactúan con ellos.

En no menor medida interesa dimensionar el impacto real que ha tenido este trabajo social en el mejoramiento de la calidad de vida de los sectores atendidos y en la promoción de una “cultura de la solidaridad”.

Los móviles

La variedad de formas de acción social universitaria refleja también diferentes motivaciones en sus promotores. Los grupos y movimientos que han trabajado con la pobreza en la segunda mitad de los 90 están conscientes de ello y se las ingenian para encontrar el mejor modo de sacarle provecho.

Existen múltiples móviles. Según los universitarios, uno es el interés de plasmar la vocación social o política a partir de lecturas “inconformistas socialmente” de la realidad actual. Otro es la inquietud por ejercitar la conciencia social católica o, simplemente, humana. Otro móvil es el elemental afán de pasarlo bien, crear amistades y relaciones afectivas en escenarios alternativos al “carrete” o, simplemente, el deseo de hacerse parte de una creciente “moda social”.

En las experiencias mostradas mas arriba se ha visto que los dirigentes estudiantiles declaran que las motivaciones son, en general, la inquietud social de los universitarios y su anhelo de superar las inequidades, injusticias y carencias que padecen sectores de la sociedad.

No obstante, llama la atención que casi todas las iniciativas de los últimos años no cuenten con “idearios” o “marcos referenciales” que cuestionen sustancialmente el modelo socioeconómico generador de pobreza e injusticia social. Mucho menos que propongan formas radicales o revolucionarias de superarlas.

Todo lo contrario. En la misma génesis de los nuevos movimientos sociales hay un evidente deseo de superar esa clase marcos referenciales o relatos políticos para saltar a un nuevo paradigma: el desarrollo de un esquema de acción cuyo fin es corregir o aminorar la pobreza producida por el actual modelo de sociedad.

Esto, lejos de ser concebido por los estudiantes como una debilidad, es visto como un elemento facilitador de la emergencia de las nuevas formas, que no se rigen por coordenadas “superadas por la historia”. Para mostrar lo anterior los estudiantes reivindican su trabajo, cuyo principal propósito es la asistencia a los necesitados, en los que no hay discriminaciones políticas, religiosas, étnicas o de género para afiliarse. Bueno, ello tiene sus matices.

Verónica Monroy, asistente social y Coordinadora del Voluntariado del Hogar de Cristo, da algunas luces en torno a las motivaciones que ella observa en los estudiantes que se acercan a esta empresa social.

“Yo estudié en una época en que todas las organizaciones tenían que ver con un fin político, en pro o en contra de la dictadura, pero tenían que ver con una organización política, con una lucha por reivindicar derechos básicos. Se hacían trabajos, pero no eran lo prioritario. En cambio, en este minuto los contenidos políticos dentro de las universidades están más mermados; no veo ebullición política. Más bien, la ebullición tiene que ver con los jóvenes comprometidos con temas asociados a cambios, a poder potenciar valores, donde la solidaridad surge como un valor relevante”, afirma.

La asistente social -promotora de la creación hace 4 años de la Coordinación del Voluntariado Universitario del Hogar de Cristo- indica que los móviles también tienen que ver con cierta búsqueda de sentido, orientada a la instauración de una ética más humana y solidaria.

“Las acciones no van orientadas a lo político sino a la participación, hacia el involucrarse en el tema de la pobreza, de las minorías... A los universitarios no los llama algo espiritual. Tiene más que ver con el tema del compromiso con lo social, lo social en el sentido de cómo vive la sociedad hoy día. Aquí llega gente de todas las religiones, de las no religiones, de todas las creencias”, dice.

En cuanto al tema de las motivaciones, Iván Mlynarz, presidente de la FECH, también tiene su opinión:

“No puedo decir que todos los cabros (que van a los trabajos de la federación) tienen las mismas motivaciones. Habría que segmentarlos. Creo que un segmento tiene el interés de ir a conocer una comunidad, de poder establecer relaciones y avanzar en esa dirección. Otro quiere colaborar pues cree que ser estudiante universitario es un privilegio. Así, en sus tiempos libres tiene la posibilidad de colaborar. Y otro segmento sencillamente va a pasarlo bien... Creo que en los trabajos voluntarios se pasa bien haciendo cosas que son entretenidas; quizás estos mismos elementos se combinan en una misma persona con diferentes matices”, señala el dirigente.

Esta clasificación de Mlynarz “hace sentido” a los demás entrevistados. Ellos están conscientes de que, en las filas de sus movimientos, conviven personas con grandes diferencias de propósitos y pensamientos.

A su vez, el sociólogo Claudio Duarte indica que los móviles “explícitos” ligados al deseo estudiantil de corregir las injusticias sociales vienen también acompañados de otros mucho más elementales, pero no por eso menos importantes.

“Las motivaciones que los estudiantes tienen para hacer este tipo de trabajos son las mismas que tienen la mayoría de los jóvenes para participar socialmente. Y

éstas tienen que ver con hacer de los trabajos solidarios un espacio para encontrar identidad, para encontrarse con otro cercano, semejante”, aclara.

Entonces, ese “pertenecer a algo” daría a los universitarios una ubicación en el mundo, en el espacio y en la historia. Ello, precisa, confiere también cierto “sentido” a sus vidas.

Duarte agrega que en la labor social estudiantil hay también motivaciones que él denomina “eróticas”, ligadas a las atracciones personales que se generan en este tipo de instancias. “Muchos chiquillos llegan a esto porque el líder es carismático, porque está la mina que les gusta, porque está el compadre con el que las chiquillas quieren tirar”, señala.

Por otra parte, estima que los jóvenes son básicamente colectivos y estas experiencias solidarias son ricas en el desenvolvimiento de este aspecto.

En cuanto una cierta mirada política del fenómeno, el sociólogo no descarta que hay un grupo que apuesta a que a través de esto se pueda transformar la sociedad haciendo un aporte para que las relaciones sociales cambien.

“Creo que hay jóvenes que le dan al trabajo solidario un componente político, pero ahí vamos a encontrar diversas opciones políticas. Hay algunos que van a entender a los pobres como “pobrecitos los pobres y hay que darles una casa y no sé qué”, y

aquello que produce pobreza y miseria no es considerado. Entonces, les duele un poco la guata, están tomando desayuno y les da pena acordarse y por eso lo hacen. Y mañana pueden no hacerlo y nos les va a significar nada. Y yo no los condeno por eso. Creo sí que es la versión más asistencialista”, afirma.

Y complementa: “Hay otros que asumen la solidaridad con un sentido más histórico, pues ven a la pobreza como un producto de las relaciones sociales desiguales donde se distribuye la riqueza de alguna manera, donde hay algunos poco que ganan mucho y unos muchos que ganan poco o nada. Entonces, este trabajo social permitiría avanzar hacia la generación de una fuerza social que cambie”. Y puntualiza: “Eso para ponerlo bien polar. Entre ésta y la otra visión debe haber un montón de otras”.

Sin embargo, Duarte sostiene que la variable política, a diferencia de lo observado en tiempos de la dictadura, es más bien marginal.

¿Y el discurso crítico?

La ausencia de idearios entre los movimientos de estudiantes no implica falta de “criticidad”. Los universitarios han generado instancias de discusión en los que debaten temáticas tales como las causas de la pobreza y las formas creativas y óptimas para superarla. La diferencia con las expresiones de antaño está en que

las respuestas van más allá de los límites impuestos por las concepciones políticas tradicionales.

En este sentido, los jóvenes han sabido ocupar recursos adicionales para reflexionar en torno a estos temas. Es el caso de los seminarios, coloquios, cátedras y debates en los que, con distintos grados de acuerdo, ha aparecido una evidente crítica al "sistema".

De este modo, existe un claro inconformismo ante las inequidades sociales que se observan, aún cuando no hay consenso a la hora de distinguir sus causas. De los antiguos "metarrelatos" (socialista, liberal, católico, etc.), cada uno saca fragmentos para comprender lo que sucede. Otros ni siquiera los consideran y enarbolan sus propias teorías. Esta diversidad de criterios no impide que personas de distintos puntos de vista trabajen bajo una misma tienda solidaria.

Al respecto, Iván Mlynarz dice: "A los trabajos voluntarios (de verano) llegan estudiantes de derecha, de centro, de izquierda, el que no pesca, el deportista, el católico, el evangélico, de todo. Y creo que es bastante interesante que sea una de las cosas que convocan a todo el mundo estudiantil, más allá de la visión que cada cual tenga del mundo".

Y agrega: "Los trabajos de verano no se tratan de discursos. Ese discurso se ve en las conversaciones en la noche. O sea, se juntan en el comedor o en la fogata y

uno ve lo que están discutiendo y -como hay una diversidad- se ve en definitiva lo que plantea cada uno. Pero no hay un acto central donde, al terminar, se le da la cátedra o la catequesis con respecto a qué es lo que vieron... Lo que vieron lo vio cada uno, lo interpretará y se va enriqueciendo con la discusión que se da entre todos. Y como va de todo, se producen situaciones bastante divertidas, pero interesantes a la vez”.

Un buen ejemplo de los debates en torno a este y otros temas ligados al trabajo social estudiantil fue el “Seminario Juicio a la Solidaridad Universitaria”, organizado por Gesta y la Central de Trabajos Sociales (CTS), evento efectuado en octubre del 2000.

Entre otros temas, allí se discutió sobre las causas de la pobreza y las formas que los jóvenes habían encontrado para luchar contra ella. En este último punto, se produjo una acalorada disputa entre un grupo de asistentes y el director de “Un Techo para Chile”, Claudio Seebach. La razón fue que dicho grupo consideraba que la edificación de mediaguas, fuera de no solucionar el problema habitacional, era una intervención social “vertical” y “asistencialista”.

Esta y otras querellas similares reflejan nítidamente el desarrollo de un rico pero no menos complejo discurso social que cruza todas las experiencias de trabajo, desde las más “conservadoras” hasta las más “progresistas”. En todo caso, este discurso

parece enfatizar la “acción” más que los “porqué de la acción”. Ya no importan tanto los diagnósticos como las actuaciones concretas de los jóvenes.

Vale complementar que en aquel seminario el padre Mariano Puga, conocido párroco de la Parroquia San Cayetano de la Legua, emplazó a los estudiantes a terminar con la solidaridad “por moda”, a corregir el “asistencialismo” y a atreverse a vivir “en la pobreza”. En respuesta encontró el entusiasmo de la asistencia, quien a través de oleadas de aplausos manifestó adhesión a su postura.

El balance de dicho encuentro, según sus organizadores, fue positivo pues junto con reivindicar la solidaridad universitaria, dio un paso importante en el desarrollo de un discurso reflexivo y crítico en torno a ella y a los temas que le son relevantes (como la pobreza y sus raíces). Por lo demás, el hecho de que los impulsores de ese evento fueran organizaciones de jóvenes mostró cuan dispuestos están ellos para concebir críticamente su labor.

“Carrete social” y “moda”

En el “Seminario Juicio a la Solidaridad Universitaria” citado antes aparecieron recurrentemente como elementos negativos la “acción social por moda” y el “carrete social”.

Por el primero se entendía el desarrollar trabajos sociales por el simple hecho de que “todos los hacen”, vaciándolos de su sentido primordial. El segundo implicaba hacer de la labor solidaria una forma alternativa de esparcimiento y distracción.

Los grupos mencionados en los títulos anteriores están conscientes de esta realidad. Basta recordar las palabras del presidente de la FECH: una parte de quienes asisten a los trabajos no lo haría sino por “pasarlos bien”. No obstante, a los dirigentes de los movimientos estas cosas no les quitan el sueño. Están claros que, por ejemplo, el seguir una moda, aun cuando sea “solidaria”, es una tendencia natural de los jóvenes.

Es más, los dirigentes apuestan a que durante las vivencias de trabajo con los necesitados, les “caiga la teja” a los que tienen motivaciones más superfluas y se den cuenta ahí de la belleza y valor del trabajo social.

“Uno ve que un cabro que llegó fundamentalmente para pasarlos bien un año, al año siguiente vino y quiso estar encargado, porque estuvo preocupado”, dice enfático Iván Mlynarz.

Es algo en lo que está de acuerdo Eduardo Katz, coordinador de la Dirección de Asuntos Estudiantiles (DAE) de la PUC.

“Muchos hacen acción social porque un amigo innovador fue y les contó, se juntaron y se inscribieron en patota. (...) Ellos saben que va a ser una experiencia importante dentro de su formación y saben que lo van a pasar muy bien. Aunque no se imaginan que van a quedar “encalillados” socialmente para el resto de su vida. Dicen “vamos a ir a ayudar”, pero no se dan cuenta cuánto hay detrás”, sostiene.

Ahora, si bien el presidente de la FECH, Iván Mlynarz, se muestra tranquilo ante las motivaciones más superfluas que tienen algunos, sí reconoce que en los ya célebres “Trabajos Voluntarios de Lumaco 2001” hubo algunos problemas en este sentido. Dice que los trabajos se prestaron para “carrete”. En todo caso, no tanto como para tomar medidas drásticas.

“Mientras los cabros cumplan las planificaciones hechas, los horarios, estén en condiciones para hacer la pega con la que se comprometieron, no importa el resto de lo que hagan; mientras no molesten está bien. Medidas represivas no hemos impuesto y creo que no es nada más de lo que pasa cualquier sábado o domingo de vacaciones, pero puesto en otro contexto. Lo importante es que todos trabajen”, dice Mlynarz.

“Carrete social” y “moda”... La cosa se pone un poco más compleja cuando se recuerda que detrás de cada iniciativa social universitaria hay personas beneficiarias a las que, tarde o temprano, les toca recibir el beneficio de los

trabajos o, la revés, pagar las consecuencias de un trabajo estudiantil vacío, efímero y con poco sentido.

Qué dicen los otros

Una cosa es organizar trabajos sociales en beneficio de grupos o comunidades excluidos socialmente y otra distinta llegar a un lugar empobrecido, no preguntar a nadie, levantar una intervención social diseñada “entre cuatro paredes” y, a la primera de cambio, mandarse cambiar.

Este último, según varias personas vinculadas al tema, es un esquema de trabajo bastante típico de los trabajos estudiantiles, el que a veces les ha acarreado el rechazo de pobladores, dirigentes vecinales, autoridades municipales, entre otras personas.

Lo anterior es sólo uno de los elementos de la “cara fea” de la acción social universitaria de principios de siglo. Parece no menor abordar este aspecto si se considera que, mal que mal, se trabaja con personas.

Quienes pueden dar un juicio crítico sobre la acción social estudiantil son las personas que trabajan directa y cotidianamente con el mundo de la pobreza. Silvia Morales, asistente social de la Unidad Quilicura del Hogar de Cristo, es una de

ellas. Según cuenta, tiene varias "hachitas que afilar" en relación con el trabajo social estudiantil.

Su unidad, emplazada en el corazón de un populoso sector de dicha comuna, desarrolla programas de organización vecinal, de apoyo alimenticio a niños y adolescentes, además de ambiciosos proyectos de trabajo familiar desde el ámbito comunitario. A menudo le ha tocado recibir el apoyo de diferentes grupos de estudiantes, especialmente de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC) y de movimientos de impronta jesuita como "En todo amar y servir".

Ella reconoce que ha presenciado un trabajo serio y responsable por parte de algunas de estas agrupaciones, que ha repercutido en el mejoramiento de la calidad de vida de los pobladores.

"En el 98 llegó un grupo bastante organizado de la carrera de Derecho de la Católica y nos coordinamos súper bien, porque ellos trabajaban en dos áreas, que eran trabajo con niños y todo el tema de la construcción. Entonces, lo que hicimos fue juntarnos con ellos y orientar un poco su trabajo en el sentido de que, si querían trabajar con niños, les sugeríamos que trabajaran en tal sector, con estas características... Y en la parte vivienda les decíamos que apoyaran a las familias en hacer esto y esto otro, construir algunos comedores... Y funcionamos bastante bien", indica.

Ella estima que dicho trabajo -que se prolongó hasta el año siguiente- fue una experiencia positiva. Destaca el hecho que los jóvenes tuvieran cierto bagaje en trabajos anteriores -habían trabajado en “2000 mediaguas para el 2000”- y que mostraran un trato bastante horizontal y “aterrizado” en relación a los niños y sus familias.

No obstante, la situación varió cuando un grupo del movimiento “En todo amar y servir” llegó el año 99 a ofrecer sus servicios allí. El estilo de trabajo autónomo desarrollado por el grupo, cuenta Morales, provocó al poco tiempo los primeros desaguisados.

La profesional recuerda en particular una experiencia que -a su juicio- sintetiza bien la serie de conflictos vividos con dicho grupo. Fue para Navidad. El grupo de estudiantes había ofrecido montar una gran fiesta para las familias de un sector. Pese a las advertencias en contrario, los voluntarios se empeñaron en conseguir juguetes para todos los niños, difundiendo este propósito entre la comunidad. La noticia corrió rápido y las expectativas de la gente se dispararon. Como finalmente la capacidad real de los estudiantes fue limitada (reunieron sólo una modesta cantidad de juguetes), los directivos de la unidad tuvieron que pedir ayuda de urgencia al Hogar de Cristo central y a empresarios. Al final fue una odisea conseguir los regalos.

“Y después, en la organización misma de la actividad, poca participación tuvimos (los de la unidad del Hogar). Claro, detalles que no se previeron. Entonces, hubo problemas, la gente se peleó por los jugos, por los juguetes, por todo. (...) Siento a veces que los chiquillos, en ese sentido, como que tienen esa falta de realidad concreta”, explica la asistente social.

En este tipo de intervenciones sociales estudiantiles donde hay un trabajo permanente que apoyar (como es el desarrollado en terreno por el Hogar de Cristo), lo que más perjudica es la falta de coordinación y diálogo. Ésta genera “intervenciones paralelas”, dice Silvia Morales.

Y si esto es así para cuando hay un trabajo más o menos planificado por parte de los estudiantes, es el doble de complicado cuando éstos implementan sus conocidos “operativos de emergencia” para paliar las consecuencias de catástrofes naturales. En esos momentos, cuenta Morales, es cuando más se sufre.

Ella afirma que, en caso de inundaciones, es usual que lleguen universitarios con toneladas de cosas que empiezan a repartir a *diestra y siniestra*, sin ninguna consideración por la cultura local y por los procesos impulsados por el Hogar de Cristo.

“Entonces, eso rompe todo nuestro proceder. Porque, por ejemplo, nosotros trabajamos todo un proceso en que la gente se organiza; estimulamos el que haya

delegados por pasaje en el campamento. Entonces, si llegaba una ayuda (en caso de emergencias) era el delegado del pasaje el que decía "mira, esta familia necesita". Entonces, era a través de ellos, lo cual era súper difícil al principio. Era una forma de validarlos y de que ellos también, en el momento en que no estemos nosotros, sean capaces de organizarse y no se peleen todas las cosas que llegan", afirma.

Y complementa: "Llegaban las emergencias, llegaban los camiones y los universitarios y comenzaban a repartir en todas partes. Entonces, todo el proceso organizacional que hiciste se fue a la *chuña*. He sabido de otras instancias en las cuales la gente que está en los equipos de la localidad ha tenido problemas, porque se da cuenta que hubo personas que se aprovecharon. Y otra gente que, a lo mejor no se aprovechó, dice: "oiga, ¿por qué usted no hizo nada?". Al final tú quedas como al medio sin coordinar nada. Y quedas ante la comunidad como el malo de la película. Los universitarios se van, pero somos nosotros los que quedamos en terreno interviniendo".

En otro orden, según Silvia Morales, una debilidad evidente del trabajo social universitario es el "asistencialismo".

"Creo que es una de las grandes falencias. Cuando tú tienes un trabajo con tantos recursos caes en un asistencialismo permanente... Tú no le puedes dar siempre

todo. Pero ese concepto desgraciadamente es muy fuerte en muchos trabajos de universitarios. Eso es un aspecto súper negativo”, asevera.

Ahora, ella está conciente de que las anteriores son cosas negativas explicables en gran medida por la falta de experiencia de los universitarios (que redundaría en una visión un poco condescendiente de la pobreza), pero también por una tendencia normal de la gente en situación de pobreza a aprovecharse de la ingenuidad de aquéllos.

Eso se traduce en que la gente le cuenta a los incautos estudiantes dramas terribles que, en realidad, no son tan graves. En el fondo, dice Morales, es un tratar de conseguir beneficios a toda costa, porque la gente tiene la idea de que los universitarios son personas de muchos recursos e influencia que tarde o temprano la podrán ayudar. “Es como sentir que las personas tienen la oportunidad de agarrarse de alguien que les abre un montón de ventanas”, señala.

La profesional asegura que, a partir de todos los inconvenientes descritos, ha escuchado decir a algunos colegas de otras unidades que “no quieren más universitarios”. “Llega un momento en que sienten que les van a desarmar todo el cuento”, sostiene.

Pese a los problemas que ha enfrentado su unidad, Silvia Morales no está de acuerdo con la postura de rechazar la ayuda estudiantil. Ella insiste en que mucho

depende de la experiencia de los voluntarios y que la mayoría de los aspectos negativos de su trabajo se pueden corregir.

Es más, reivindica el trabajo voluntario al decir que, entre otras cosas, hay personas y dirigentes poblacionales que han establecido una relación de cooperación muy buena con los universitarios y han logrado articular un trabajo sistemático, “aterrizado” y útil. Ejemplo de ello fueron los trabajos con niños desarrollados por los estudiantes de derecho de la PUC, que involucraron a toda la comunidad.

En otro ámbito dice: “Creo que igual es una experiencia súper buena, porque siento que cada vez es más complicado que los universitarios lleguen a la realidad más concreta que es la pobreza. Se ha ido aumentando la brecha, las diferencias y, de alguna manera, eso repercute en la parte más social. Mi idea es que se están formando muchos profesionales -lo veo en mi carrera- con mucho menos contacto con la realidad. Entonces, salen muy preparados teóricamente pero muy pobres en la práctica”, afirma.

Por ello Silvia Morales cree que las acciones sociales estudiantiles no sólo deben seguir, sino que tienen que ser promovidas y acompañadas, especialmente por personas que trabajen directamente con el mundo de la pobreza. Con ello, asegura, se podrá formar profesionales con conciencia social, que no sólo acudan a la universidad para obtener un título que los beneficiará a ellos mismos.

En este contexto, estima necesario que las universidades se comprometan y que detengan la producción indiscriminada de profesionales competitivos e individualistas, tapados en su paso por la universidad por exigencias académicas que les impiden acercarse a la pobreza. Los planteles de educación deberían, a su juicio, incorporar una mirada social y oportunidades de contacto con la pobreza en todas las carreras. "Si hubiera una orientación, perfectamente se podría abrir, pero las universidades no asumen ese papel y creo que están sentadas en la parte más académica, de conocimiento, de producción, pero no en la parte del conocimiento con compromiso con la realidad", sostiene.

Así, para Silvia Morales el balance final de los trabajos sociales de estudiantes es, sumando y restando, positivo. Está consciente que, en la medida en que se organicen y coordinen con instancias locales (como las dirigencias vecinales o las mismas obras "en terreno" del Hogar de Cristo) van a ser de mayor provecho para las personas en situación de pobreza.

"Hasta nosotros que estamos aquí, si no somos capaces de establecer redes con otras instituciones, vamos a fracasar. Porque la pobreza es algo tan complicado que cualquier cosa parece una gota en el mar. Si son muchas gotas, a lo mejor producimos un impacto", afirma.

En cuanto al grupo de “En todo amar y servir” involucrado en la Navidad “caótica” del año anterior, ella da luces de esperanza. Sostiene que se sacaron lecciones de esa experiencia. “Este año hemos tratado de coordinarnos más. Por ejemplo, la psicopedagoga que trabaja con nosotros ha ido apoyando a este grupo. Así nos hemos entendido mejor”, puntualiza.

Unas conclusiones

miradas

Lo que hay y lo que se puede esperar (de lo que hay)

Pocas dudas caben que se está ante la emergencia y consolidación de nuevas expresiones de responsabilidad social de los universitarios, las cuales aparecieron con fuerza durante la segunda mitad de los 90 y se proyectan hasta hoy.

Los casos mostrados dan cuenta de un espíritu nuevo materializado en la aparición de grupos y organizaciones *desde los mismos jóvenes*, con un gran apego a la "acción", sin grandes discursos referenciales y con una intensa vocación por el trabajo sistemático, colectivo y "en diversidad".

Atrás quedan las formas que concebían la acción social como un elemento más de los grandes paradigmas políticos motores de la sociedad de antes de 1973. Atrás también la connotación de "resistencia" que tenía dicha acción en los años 80.

Entre la amplia gama de nuevos grupos, unos han crecido y madurado, profesionalizando su trabajo y convirtiéndolo en productos tangibles (como la masiva edificación de mediaguas) o en la implementación de toda clase de servicios de voluntariado (preuniversitarios populares, talleres para niños y adolescentes en riesgo social, trabajos de verano, etc.).

Más aún, uno de ellos -"Un Techo para Chile"- parece convertirse en un caso histórico en la sociedad chilena. Entre sus méritos está el ser un proyecto de

jóvenes que ha logrado involucrar a amplios sectores de la sociedad en pos de un objetivo común. Para ello no ha dudado en hacer visible una realidad muy bien tapada por el "Chile jaguar": la pobreza y marginalidad de miles de familias.

Otros proyectos estudiantiles menos "connotados" dan sus primeros pasos y, a punta de errores, intentan brindar bienestar a los más necesitados. En medio hay miles de universitarios que viven este fenómeno de solidaridad como una experiencia más de su paso por la universidad que no deja mayores huellas en su vida. A lo más, sólo les ofrece un espacio de socialización, "carrete" y distensión.

Tras la mirada a los casos emblemáticos de la solidaridad de fines de los 90 -como "Un techo para Chile", "Tiempo para Construir" o Gesta- queda la sensación de que, bien o mal, algo está pasando con los universitarios. Sus iniciativas no sólo dan continuidad a sus experiencias predecesoras sino que incorporan nuevos móviles, discursos y estilos. Surge una nueva asociatividad.

Mientras el Chile de principios de siglo contempla con preocupación la mentada y nunca bien aclarada "indiferencia" de miles de estudiantes ante "la cosa pública" y cree *a ojos cerrados* que de ellos poco o nada se puede esperar, las iniciativas sociales universitarias muestran una cara distinta o, a lo menos, poco conocida de la juventud.

De ser cierto el “desencanto juvenil” ante la política y otras formas de ciudadanía no queda sino pensar que las empresas solidarias de los estudiantes se benefician de este sobreexposto fenómeno. Y es que, conforme decrecen los índices de participación de los universitarios en partidos políticos y otros tipos de referentes y organizaciones, cientos de jóvenes se integran entusiastamente a movimientos de carácter social.

Como se ve, la oferta es atractiva: ayuda directa a los más necesitados; sensación de ser útiles; trabajo colectivo con pares; sentido de pertenencia a un grupo; autonomía en relación con las formas tradicionales de organización estudiantil (que se juzgan superadas por la historia); labor “en diversidad”; sentimiento de estar devolviendo la mano a la sociedad por el hecho de tener acceso a la educación superior...

Ahora, aún no está claro el impacto que este fenómeno tiene en la superación de la pobreza y exclusión social. Los mismos consultados reconocen como algo pretencioso afirmar que se le está cambiando la cara al país. Algunos, porque estiman que todavía no es significativa la proporción de estudiantes que hacen labor social. Otros, porque están conscientes de las limitaciones que tiene este trabajo. Por muy entusiasmado que se esté en construir mediaguas o en atender a niños vulnerables, se tiene cabal conciencia de que la pobreza es un fenómeno complejo susceptible de superar sólo con el esfuerzo mancomunado de todos los actores del país.

Pero, ante la evidencia, queda más o menos claro que los universitarios desean hacer un aporte a este desafío nacional. Tras conocer los casos expuestos ya no resulta tan fácil sostener que los estudiantes “no están ni ahí” con la suerte de las personas que viven en pobreza y marginación social.

Nadie sabe a ciencia cierta qué pasará en el futuro con los universitarios que hoy se afanan en socorrer a los excluidos. ¿Cambiarán sus vocaciones por otras que los acerquen más al mundo de la pobreza? ¿Se transformarán en profesionales, empresarios y autoridades con una mayor “conciencia social”? ¿Aspirarán a tener una vida más austera y generosa acorde a sus valores actuales? No hay respuestas concluyentes. Pero los que hoy están a cargo de los movimientos solidarios estudiantiles apuestan a que estas experiencias, junto con aminorar el dolor de muchos chilenos, contribuyan a generar profesionales justos y solidarios.

Bibliografía

ARANGUREN, G. Reinventar la solidaridad. Voluntariado y Educación. Imprenta SM. Madrid. 1998.

CORVALÁN, J. La educación superior: El desafío de la equidad. En: Mensaje. Número 409. Junio 2000.

COURARD, H. Tensiones en las universidades chilenas. En: Mensaje. Número 460. Santiago de Chile. Julio 1997.

CONSEJO NACIONAL PARA LA SUPERACIÓN DE LA POBREZA. La pobreza en Chile. Un desafío de equidad. 1996.

DEPTO. DE ESTUDIOS (Ministerio Secretaría General de Gobierno). Jóvenes y medios de comunicación. Santiago de Chile. 1994.

DOCKENDORFF, C. Solidaridad: La construcción social de un anhelo. MIDEPLAN, FOSIS, UNICEF. Primera edición. Santiago de Chile. 1993.

GRAU, M. Trabajo universitario en La Pintana. Integración social ¿una utopía? En: Mensaje. Número 461. Santiago de Chile. Agosto 1997.

HUNEEUS, C. El régimen de Pinochet. Editorial Sudamericana Chilena. Santiago de Chile. 2000.

HURTADO, A. Pensamientos del Padre Hurtado. Editorial Los Andes. Santiago de Chile. 1992.

INJ-SERNAC (Instituto Nacional de la Juventud-Servicio Nacional del Consumidor). Consumo de los jóvenes en el Chile democrático. Santiago de Chile. 1995.

INJUV (Instituto Nacional de la Juventud). Caracterización de la realidad juvenil de los 90. Santiago de Chile.

INJUV (Instituto Nacional de la Juventud). La participación social y política de los jóvenes. Cuadernillo Temático N°3. Santiago de Chile. 1999.

INJ (Instituto Nacional de la Juventud). Primer Informe Nacional de Juventud. Santiago de Chile. 1994.

LIGER, A. Juventud, empoderamiento y participación. Organización Panamericana de la Salud. 1998.

METTIFOGO, D. Los jóvenes: participación social y creación de ciudadanía. Organización Panamericana de la Salud. 1998.

MIDEPLAN (Ministerio de Planificación Nacional). Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional CASEN 1998. Módulo jóvenes. División Social. Departamento Información Social. 2000.

MIDEPLAN (Ministerio de Planificación Nacional). Resultados Encuesta CASEN 1999. Documento N°9. Situación de los jóvenes en Chile. División Social. Santiago de Chile. 1999.

MIRANDA, G. Tendencias actuales en la juventud chilena. En: Mensaje. Número 473. Santiago de Chile. Octubre 1998.

MOULIAN, T. Chile actual. Anatomía de un mito. Octava edición. LOM Ediciones. Santiago de Chile. 1997.

PNUD (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo). Desarrollo humano en Chile 2000. Más sociedad para gobernar el futuro. Santiago de Chile. 2000.

RODRÍGUEZ, J. La organización estudiantil: Una investigación empírica en torno a los factores asociados a la participación en la FECH. Memoria. Departamento de Sociología de Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile. Santiago de Chile. 1991.

SOLARI, A. Los movimientos estudiantiles universitarios. En: Cuatro ensayos sobre la universidad. Centro Interdisciplinario de Desarrollo Urbano y Regional. Universidad Católica de Chile. 1968.

TAN, R. et al. Solidaridad en los medios: Una aproximación a la exposición de la solidaridad en los medios según los jóvenes. Memoria de Título. Instituto de Sociología P. Universidad Católica de Chile. Santiago de Chile. 1998.

ZEPEDA, M. Reflexiones acerca de la participación social de los jóvenes. Documento de trabajo no publicado. Escuela de Psicología. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad Central. Santiago de Chile. 1997.